

# Editorial

Cuando pensáis en *alegrías*, ¿qué os viene a la cabeza? ¿Tiene siempre la alegría una dosis de euforia? ¿Puedes estar alegre y triste a la vez? ¿Es la alegría sinónimo de felicidad? ¿Y el humor, qué tiene que ver? ¿Qué significa «ser alegre por naturaleza»? ¿Podemos reivindicar la alegría? ¿Es una utopía a la que aspirar o está presente a pesar de todo? ¿Es tiempo para las alegrías? Una alegría —no sabemos si estaréis de acuerdo— es también sosiego y calma. Poder apreciar y abrazar las cosas pequeñas, ésas que tantas veces no valoramos hasta que las perdemos. Un horizonte, una utopía.

Nos encantaría deciros que la edición de este nuevo monográfico ha sido fácil, que los textos y los acercamientos, las decisiones y las puestas en común han ido como la seda y que sólo ha habido risas (después del número sobre duelos, comprenderéis que era lo que nos apetecía), pero hemos descubierto que no es tan sencillo escribir sobre las alegrías. Quizás porque la realidad, muchas veces, de alegre tiene poco. Pero nos gustan los retos... Así que ha sido, una vez más, todo un aprendizaje colectivo ir compartiendo las dudas y los miedos ante la escritura, y aquí os dejamos diversos acercamientos que esperamos os hagan pensar y reír y, por qué no, también llorar. Puede que la alegría no se aleje tanto como parece de la tristeza o de la rabia...

Antes de que le deis la vuelta a la página y os sumerjáis en la lectura, os lanzamos una pregunta que nos ronda: en un mundo que nos quiere sonrientes y productivas, ¿puede la alegría ser también subversiva? Porque, ¿qué es la alegría?, ¿se trata de ese sentimiento individual y efímero que nos vende el capitalismo a través del consumo?, ¿o es algo más profundo, más duradero y necesariamente colectivo?

Nosotres creemos que la alegría es colectiva y contagiosa, así que también queremos compartiros que, a pesar de las dificultades, estamos contentas de haber podido transitar

esta nueva travesía cogidas de la mano. Hemos seguido reinventándonos y reconociéndonos como equipo. Intentando sostener la alegría en las reuniones de los domingos por la tarde, buscando fórmulas para seguir estando cerca a pesar de la distancia y no dejándonos atrapar sólo por el trabajo que implica sacar cada número. Esforzándonos amorosamente por saber de las otras, de les otras, porque militar es también acompañar. Hemos seguido poniendo en el centro la alegría del hacer juntas, del aprender, del paladear las ideas y de resolver las dificultades buscando soluciones.

Queremos también dar las gracias a nuestras/es colaboradoras/es, por su paciencia, por sus escrituras, por sus escuchas y por el aprendizaje colectivo que supone construir juntas cada nuevo número. Por invitarnos a entrar en sus casas y mostrarnos un sinfín de posibilidades de convivencias alegres. Por dejarnos visitar sus adolescencias y sus cómo salir airosas de ese tiempo. Por proponernos recorrer llovias y fotos antiguas. Por deleitarnos a través del sentido del gusto. Por hacernos de ciceronas a través de sus paisajes rurales. Por compartir con honestidad y cariño la importancia de la compañía para poder atravesar el dolor más hondo. Por poner palabras a las crianzas diversas. Por dejarnos saborear la resistencia alegre de los cantes. Por mostrarnos el envés, las dudas, las alegrías impostadas. Por abrirse en canal. Por mostrar la potencia de los cuerpos que desean y se atreven, y bailan y saltan como moléculas. Gracias por compartir el trabajo sororo en formato audio y por enseñarnos el amor interespecie en todas sus formas. Gracias también a quienes escriben la alegre confusión de los regresos y el placer de una buena venganza, y a quienes se ríen de los dramas como forma de resistencia. ¡Viva la rebelión de los cuerpos disidentes y las militancias que no pierden ni la sonrisa ni la fuerza!

¡Y viva el bricolaje en los feminismos!



Y tú, ¿qué opinas? ● 4  
 Tragicomedia mamarracha en tres fracasos ● 6  
 Arandelas, bálsamos y bell hooks ● 8  
 Pequeñas alegrías en una casa queer ● 10  
 Barriga llena, corazón contento ● 12  
 Fiesta de gigantes ● 14  
 No nos dáis otra opción ● 16  
 Cuando gozamos, ganamos ● 19  
 La alegre ruxidera ● 22  
 T4T ● 24  
 Leer y escribir ● 26  
 Las bifurcaciones ● 28  
 Carta astral-festival: ¿cuáles son las alegrías de tu signo? ● 30  
 Gracias, lo siento, te quiero ● 32  
 Alegrías de un equipo editorial diseminado ● 36

Menuda payasa estás hecha ● 38  
 Madrid, 1977 ● 41  
 Sublevaciones de la tierra ● 42  
 Verde esperanza ● 44  
 La alegría llega a un cuerpo ● 46  
 La alegría y el DCA ● 49  
 Donde hay pelos hay alegría ● 52  
 De euforias adolescentes y adolescencias en reparación ● 54  
 Alegría 10mg ● 56  
 Sonríe ● 58  
 Cuerpería salvaje ● 60  
 La teoría cinética de los gases y tu mano ● 63  
 Cinco alegrías de película: *Te estoy amando locamente* ● 64  
 El flamenco, la alegría como resistencia ● 66  
 El calor de la alegría ● 69  
 La alegría de hacer radio feminista con amigas ● 70  
 Les Pelleyes proponen ● 72



cambalache feminismo

Edita | cambalache

Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.

Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local de la asociación, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:

C/ Martínez Vigil 30, bajo.

33010 – Oviedo

Tfno.: 985 202292

[www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

[lamadeja@localcambalache.org](mailto:lamadeja@localcambalache.org)

( La Madeja nº 0 (2010) *Aborto* | La Madeja nº 1 (2010) *Migraciones* | La Madeja nº 2 (2011) *Cuerpos* | La Madeja nº 3 (2012) *Paisajes* | La Madeja nº 4 (2013) *Amores* | La Madeja nº 5 (2014) *Transgresiones* | La Madeja nº 6 (2015) *Cuidados* | La Madeja nº 7 (2016) *Miedos* | La Madeja nº 8 (2017) *Sexualidades* | La Madeja nº 9 (2018) *Fronteras* | La Madeja nº 10 (2022) *Duelos* )

**Equipo de redacción:** Irene Blanco Fuente, Irene Choya, Celia García López, Irene García Rocas, Inés Herrero Riesgo, Irene Pardo Contreras, Sofía Sofosa.

**Diseño y maquetación:** Amelia Celaya.

**Imprenta:** Gráficas Summa.

**Colaboraciones:** Ana Álvarez Virgos, Ana Andújar, Loreto Ares, Arianna Barrabé Gala, Bitxo, Anbar Bouhout, Ángeles Carnacea, Elisa Coll, Faride Erika Cuentas Cuela, Patricia Dopazo Gallego, Mirtha Milagros Echevarría Velasquez, Lu Fanjul, Oumy Faye, Pastora Filigrana, Simona Frabotta, Pal Gallego, Ana García Díaz, Laura Gutiérrez, Paula Kruse, Marro, Cumbre S. Molina, Eugenia Monroy García, Laura Muelas de Ayala, Antonella Olivo, Pelleyes, Elena Prous, María Queraltó, Ruxideres, Anahí C. Sandoval, Nafissatou Sango, Sangre Fucsia, María Solana, Mame Soukeye, Abibatou Thior, Lidia Toga, Diojani Torres Lugo, Judit Vela Martínez, Flor M. Yustas.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo **licencia copyleft**; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando la autoría, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

**Frente a cánones e impuestos**, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en [www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org).

EN NUESTRA SOCIEDAD SOLEMOS ASOCIAR ALEGRÍA A JUVENTUD, DEJÁNDONOS POR EL CAMINO UN MONTÓN DE EXPERIENCIAS ALEGRES QUE SUELEN LLEGAR EN LA MADUREZ Y EN LA VEJEZ. LA GENTE JOVEN PARECE QUE TIENE QUE ESTAR ALEGRE OBLIGATORIAMENTE Y, POR EL CONTRARIO, LA GENTE MAYOR, SI NO ES DIRECTAMENTE INVISIBLE, SUELE SER IMAGINADA COMO TRISTE Y APAGADA. PERO LA REALIDAD SUELE SER SIEMPRE BASTANTE MÁS COMPLEJA Y, POR LO TANTO, MÁS INTERESANTE. TODXS CONOCEMOS A PERSONAS MAYORES LLENAS DE UNA ENERGÍA APABULLANTE O ENVIDIABLEMENTE SERENAS, CAPACES DE DISFRUTAR CADA INSTANTE, CON UNA SABIDURÍA QUE NO CABE EN NINGUNA INTELIGENCIA ARTIFICIAL. ASÍ QUE, EN ESTA OCASIÓN, NOS LANZAMOS A PREGUNTAR A MUJERES MAYORES DE 65 AÑOS QUÉ COSAS LES ALEGRAN EL DÍA.

## Mari Luz, 70 años

- :: Un desayuno tranquilo en buena cafetería: buen café, buena tostada o bollería y, el colmo, lectura reposada del periódico.
- :: Un paseo matutino o vespertino: deambular por calles poco o mucho transitadas y observar la vida.
- :: Un rato de lectura en la cama antes de dormir.

## Che, 75 años

- :: Despertar en la naturaleza (el pueblo).
- :: Una lectura que me atrape.
- :: Un plan de amigas.

## Pilar, 70 años

- :: Despertar cada mañana.
- :: Saber que mi familia está bien.
- :: Saber que alguien va a venir a darme los buenos días.
- :: Cuidar el jardín.
- :: Ver a mi gata.
- :: Hablar con mis amigas e ir a verlas de vez en cuando.

- :: Recibir cada día una sonrisa de unx de mis nietxs o de mis hijxs.
- :: Saber que se llevan bien y que están bien.
- :: Tener buenas noticias de la gente que quiero y que aprecio.
- :: Levantarme sin que me duela la espalda.
- :: Sentir que puedo colaborar con la gente que me rodea.

## Concha, 73 años

- :: El café.
- :: La radio.
- :: No ir a trabajar porque estoy jubilada.

## Loli, 67 años

- :: Un día luminoso.
- :: Un desayuno relajado con la familia.
- :: Cocinar una comida para compartir con les amigues.
- :: Buena música.
- :: Alguna buena noticia sobre algo que pasa en el mundo.

## Tere, 70 años

- :: Saber que me puedo levantar cada mañana.
- :: Un paseo matutino.
- :: Un café con charla con amigues.

## Victoria, 79 años

- :: Me encanta desayunar a las nueve en punto con mi pareja y al terminar pasear juntos por el Campo Grande compartiendo nuestras nueces con las ardillas.
- :: Charlar y compartir experiencias con amigxs e incluso con desconocidxs.
- :: Sentarme en mi silla a escribir textos e inventar historias.
- :: Dirigir con autentica pasión, acompañando a las actrices y actores en el proceso de crear sus personajes.

## Cruz, 69 años

# Tra- gicomedia mamarracha en tres fracasos

Irene Blanco Fuente (ella/elle)

Se abre el telón y aparece tu mamarracha de confianza (o sea, yo) con la lengua hinchada como un zepelín a todo motor. A mis casi 33 años, la edad de *Yisuscraist* acecha como presagio de una muerte grotesca.

El finde pasado me fui de campamento y casi no lo cuento. Fui bendecida por la picadura de una avispa que se había colado en una botella (opaca, dato importante). Nada te hace más ilusión cuando tienes la garganta como un desfile de hojarasca que pedirle agua a tu amiga, empezar a beber y toparte con un insecto vivo. Así, cuando en tu inconsciencia sedienta le has dado un par de vaivenes con lengua no consentidos, la criatura saca su aguijón a relucir y se venga con alevosía de tu Aquapark improvisado. Nunca antes me había picado una avispa, pero desde luego nuestra *first date* ha sido un buen meme.

Ahora que he captado toda tu atención con esta fatalidad reciente, ¡sorpresa!, seguiré contándote más. Porque en el relato de aquello que nos pasa siempre late la posibilidad, una continuidad de grises donde el duelo puede darle la mano a la alegría y el dolor al humor. Si la *des-gracia* es la negación de lo agradable, elijo rebelarme contra la estrechez etimológica y ahondar en sus matices.

Reírnos de nuestros males no implica restarles importancia porque, cariño, ironizar cuando la vida se pone fea le da un toque de brilli brilli a nuestra existencia, nos permite adelantar por la izquierda a la burla ajena e inventarnos un escenario a nuestra medida. Es una forma de supervivencia, una estrategia política, un flotador de purpurina cuando estás a punto de ahogarte en un mar de normatividad.

Así que, agárrame del brazo, maricón, vamos a darnos un paseo por esta tragicomedia en tres fracasos. Ya sabemos que no todo vale en el humor, pero aquí puedes relajar la raja (del culo), que ya me he reído yo primero y tienes permiso para hacerlo tú también si te apetece.

## Fracaso nº 1: fricción

Tercero de Primaria. Debo tener unos ocho o nueve años. Todo lo que me preocupa es marcar algún gol en el recreo y ver *La banda del patio* los findes mientras devoro cereales. Toca tutoría y estamos haciendo alguna tarea irrelevante. *Seño* María Teresa me llama. Levanto la cabeza con desconcierto. «¿Habré hecho algo malo?». Me dirijo a su mesa sin rechistar, sumisa, con la mirada fija en el suelo. Ella se inclina hacia mí con la intención de decirme algo en voz baja. «Me he dado cuenta de que te estiras las bragas todo el rato. Es un gesto feo, sobre todo en una niña, mejor no lo hagas».

El tiempo se congela. La miro de reojo. Ahora me parece un payaso diabólico que finge un rostro afable. Asiento y regreso a mi sitio. En el camino de vuelta siento que las bragas me pesan unas 500 toneladas. Noto que se me meten en el culo más que nunca, qué tentación de estirarlas, pero los ojos de la Mari Tere están clavados en mi espalda. Cuando llego a casa, lo primero que hago es pedirle a mi

En el relato de aquello que nos pasa, el duelo puede darle la mano a la alegría y el dolor al humor.

madre que me compre bragas más grandes. Quiero ir al colegio envuelta en ellas como un falafel recién hecho para que la *seño* no me vea, para que nadie me vea, para que nadie sospeche. Quiero ser una braga gigante con patas, elegante por detrás y por delante, y que María Teresa vea que soy una señorita muy señoreada que siempre va en bragas pero nunca estiradas.

## Fracaso nº 2: facción

Naces y creces (hasta la fecha ni me reproduzco ni me muero, seguiremos informando). Todo crece en la adolescencia. Pelos, caderas, tetas. Me crecieron tanto los pies que parecía un hobbit, y mi madre se desesperó buscando zapatos para una boda porque, ay, quién maneja mis barcas, quién, que a la deriva me llevan.

Y en este crecer sin fin, me crece también la nariz. No soy consciente de que en mi rostro ha brotado semejante cuerno de unicornia hasta que escucho un comentario en el colegio. A partir de ese momento me convierto en analista profesional de tochas. Espejo en mano, dedico horas a observar el mapa topográfico de mi perfil. Hago un estudio profundo de genealogía nariguda y se confirman mis hipótesis: procedo de una familia a una nariz pegada, especialmente por parte de padre.

Quiero ser actriz. Enciendo la tele y sueño, hasta que llega la típica escena del beso y mis fantasías se quiebran. Hay todo un erotismo en torno a los señores de narices inmensas, pero no tanto hacia las de las señoras. ¿Cómo voy a besar tranquila en

la gran pantalla si estoy a punto de sacarle un ojo a mi amante de la ficción? Este miedo aparentemente absurdo me acompaña en todos los morreos de la vida real. Cuando empieza la coreografía *washing machine*, hago un esfuerzo por mantener mi cabeza en la misma dirección y evitar la temida batalla de napias.

## Fracaso nº 3: fractura

A veces el chiste se hace solo. Para completar el pack de la desviación, mi columna decide retorcerse durante mi crecimiento para que todo tenga coherencia. Tengo 15 años y me ponen un corsé, que es lo que cualquier adolescente desea a esa edad. Me había empezado a liar con un chico de clase que, para sorpresa de nadie, me deja el mismo día que aparezco con mi nuevo escudo (¿antimachirulos?) en el aula.

Al año siguiente cambio de centro. El primer día de clase a la compañera de delante se le caen unos folios debajo de mi mesa. Se gira y me mira con complicidad pidiendo ayuda. Por lo que sea no puedo agacharme, así que le dedico mi mejor sonrisa mientras ella hace maniobras imposibles para recuperarlos. Por la retaguardia, el compañero de detrás me toca la espalda para darme palique y claro, «toc, toc, ¿quién es?», jamás me doy la vuelta porque no me entero. Hacer amigos: check.

No siempre es fácil sacarle chispa a la vida, pero a veces es la única manera de sobrevivir. ¿Es el sentido del humor el sexto sentido con el que le damos la vuelta a la tortilla y taconeamos sobre el sistema? A lo mejor. De momento y frente al estupor que causa el error 404 de nuestros cuerpos y géneros, lo tengo claro: latigazo de braga, hachazo de nariz y puñetazo de corsé. ●

*¿Cuándo empezaste a recomponer las piezas?*

Sara Ahmed, *Vivir una vida feminista*

# Arandelas, bálsamos y bell hooks

Irene Pardo Contreras (ella)

Es complicado imaginar lo que significa la palabra *trabajar* cuando te has criado en una familia de clase obrera marcada por la migración interior. La necesidad y los fantasmas de la pobreza dejan huella en el carácter familiar. Implica asumir desde la infancia que, de alguna forma, el desarrollo completo de tu persona no se alcanza plenamente hasta que tienes un empleo. Si quieres ser alguien: *trabaja*. Desde esas coordenadas, con 16 años comencé a trabajar en verano en una ferretería. Al fin era útil, adulta, en definitiva, una persona de verdad. El mundo que me ofrecía el instituto hablaba poco de lo que conocía, sin embargo, el mundo laboral resonaba con fuerza en las paredes de casa.

Constelaciones de herramientas, tornillos, pequeñas máquinas y búsqueda de soluciones a problemas muy específicos. ¿Cómo poner la goma de la lavadora? ¿Cómo arreglar una lámpara? ¿Cuál es la llave Allen que necesito? Qué gran aprendizaje me proporcionaba hacer cosas, nombrar utensilios, imaginar arreglos. Así, sí era alguien. Entre pistolas de silicona, tacos, alcayatas y arandelas podía percibir un mecanismo invisible a los ojos que hacía que las cosas funcionaran. El mundo de la acción inmediata, de lo útil y el paraíso de lo eminentemente práctico.

Supuso un giro de guion bastante inesperado toparme con la filosofía en bachillerato. La galaxia de las herramientas pasó a tomar forma de palabras con las que pensar el mundo. Otra constelación sí, pero en este caso, aparentemente poco útil. Sucumbí a la aparente inutilidad del pensamiento convencida de que en el fondo se trataba de otra ferretería.

Lo comprendí años más tarde cuando llegué a la lectura de bell hooks y me invadió una sensación de autoensamblaje, algo dentro me hizo *clack*. A medida que me iba sumergiendo en sus letras, tras la estela de sus palabras, iba encajando algunas piezas que estaban ahí y que no sabía cómo poner

en marcha, cómo desbloquearlas o sencillamente qué hacer con ellas.

Dice Sara Ahmed que el feminismo es bricolaje ¡y de qué manera y qué salvaje! Es tal la recomposición que supone en nuestras vidas el feminismo, que para Gloria Watkins supuso recurrir a otro nombre para configurar una voz propia. Además, hacerlo en minúsculas contra esa idea de capitalizar lo importante. Esa necesidad de separarte de quién te han dicho que eres y quién quieres ser. En quién te conviertes cuando el feminismo empieza a abrir las ventanas. O tal vez, otra lectura: para poder escribir sobre aquello que nos duele, quienes procedemos de la clase trabajadora tenemos que alejarnos de quienes nos dijeron que éramos.

Es como si, al igual que sucedía cuando comencé mi andadura en la ferretería, en el feminismo también encontrásemos esas ideas que son herramientas de vida, que son puertas, llaves, que son caminos, que son ramas. Aquí las metáforas devienen fundamentales. (Escoge la que quieras, inventa las tuyas, compártelas, tatúatelas). Con ellas podemos entender mejor lo que nos pasa. Ese hallazgo que carece de épica es un inmenso bálsamo que permite sanar, comprender, organizarse y ser más fuertes juntas. hooks es una pensadora *andamio* que permite una vista panorámica, nos enseña quién falta y por qué. Leyéndola parece invitarnos a poner al sol lo que pica, a hablar del dolor y compartirlo. Sin olvidar que las historias de persistencia, y de esto saben mucho las feministas, están llenas de amor y de deseo de crear comunidad. Una tarea tremendamente luminosa tras la geometría que crea la teoría feminista de bell hooks.

Llegar a la escritura de hooks supuso sumergirme de nuevo en otra ferretería que pretendía dar cuenta de eso que denomina con tanta audacia como el patriarcado capitalista supremacista blanco. El término es un balance de

daños, un diagnóstico de las heridas que todos los sistemas de opresión dejan en nosotres. También una forma de mirar que permite comprender cómo los sistemas de opresión demarcan nuestra vida y, más interesante todavía, qué queda de ellos en nuestro proceder. Porque no basta con decir que somos feministas, para hooks eso sería un error de términos, se trata de defender el feminismo. Su pedagogía feminista apuesta por un mundo en el que los diferentes sistemas de opresión no estén presentes y, sobre todo, nos invita a que evitemos su funcionamiento. Y esto es un curro impresionante que empieza por nosotres mismas.

De alguna manera la teoría feminista se convierte en un hallazgo alegre que nos acompaña y, si no nos ayuda a vivir mejor, sí a pensar cómo queremos vivir de una forma más amorosamente liberadora. hooks comprende la teoría feminista como una práctica social que es potencialmente emancipadora y eso me parece una alegría sin precedentes. Porque nos permite volver a escribirnos, responder a un mundo que, de alguna forma, nos ha rechazado por muy diferentes motivos. Reponernos de eso adquiere muchas y diversas formas, a veces, alianzas-amistades-amores que te ayudan a sobrellevar el golpe, otras, irremediablemente pasan por la escritura. hooks es una invitación a (re)escribirnos en compañía. ¿Acaso no es defender los feminismos un claro ejemplo de contraescritura?

A veces tengo la impresión de que a las feministas se nos da mejor señalar el problema que celebrar aciertos. Puede que arrastremos cierta tendencia a —volviendo a Ahmed— ser la amiga aguafiestas y que las alegrías se nos escapen. Hay tanto por lo que estar enfadades que a veces se nos olvida celebrar que nuestras vidas son hermosos sabotajes.

Gracias a todas las maestras que nos habéis enseñado que los feminismos son valiosas cajas de herramientas. ●

# Pequeñas alegrías en una casa queer

Elisa Coll (ella)

## baño

De rodillas como en devoción ante un trono de porcelana. J me sujeta el pelo. Me purgo me purgo me purgo sin parar como una piadosa encorvada. Cuando los espasmos se disipan, paso el revés de mi mano por mi boca entreabierta y miro arriba, esperando la extremaunción. Encuentro en su lugar unos ojos amables y una mano tendida. Vamos a quitarte la camiseta, cari, que la tienes manchada. Me da vergüenza, balbuceo. Me dan mucha vergüenza mis tetas. Elle se lleva las manos a su camisa anchota de rayas verdes y de un tirón se la desabrocha entera descubriendo las suyas y me mira. Una oleada fresca de alegría me hace sentir a salvo. Me quito la camiseta y, aún sentada en el suelo, bebo el agua que me ofrece.

Ojalá vivir aquí, con ellos, pienso mientras me levanto.

Unos meses después, me lavo los dientes en el mismo baño y al terminar dejo el cepillo en el vasito de cristal junto a los demás. Abro el primer cajón y saco mi paleta de maquillaje, mitad colores mate —tierra, granada, azul cobalto, amarillo guacamayo— y mitad colores purpurina, como un desplegable de pequeñas galaxias. Levanto la tapa con tembloroso placer. La puerta está abierta detrás de mí. ¡Vale, creo que lo tengo! se oye desde el pasillo, y aparece C con un vestido centelleante en una mano y unas gafas de sol con forma de llamaradas en la otra. Pruébatelo. Mientras me sube la cremallera de la espalda y entre todes

debaten acaloradamente sobre si debería llevar estas botas o las otras, giro la mirada hacia el espejo. La niña bizca que soñaba con una casa llena de amigas y pedía vestidos rosas por Navidad está dando saltos de euforia.

## cocina

Los inviernos aquí son fríos y usar el horno para cenar es la excusa perfecta para calentarse el culo junto a su puerta semiabierta. Saco una triste pizza del congelador y la meto en el viejo horno mientras M trocea cebolla sobre la tabla de madera. Esta tarde me ha llamado mi familia para saber qué tal estoy y me han preguntado por M por un lado y por mis «compañeras de piso» por otro. No entienden bien por qué no estoy viviendo sólo con ella.

Supongo que lo achacan a una cuestión económica, aunque no compartamos habitación. Tampoco se equivocan del todo, pero se les escapa la parte más difícil de explicar.

Mientras la pizza se calienta, agarro el puerro que hay en la encimera y lo corto en pedazos que tiro en la olla de agua burbujeante. Dejamos que las verduras hiervan en silencio y M les echa una pizca de sal. Se oye la puerta de casa: es P con los paracetamoles.

Mi familia no lo dice, pero sé que tienen miedo de que no haya nadie que me cuide cuando sea mayor. Porque mi plan de vida no incluye por ahora ni vivir a solas con mi pareja, ni tener criaturas ni, lamentablemente, tener mucho dinero. Lo entiendo,



majubu

ILUSTRACIÓN | María Queraldo

casos y aprieto el botón de encendido. El piano es de C. Cuando le pregunté tímidamente si podía usarlo me dijo que por favor, que para eso está, que qué alegría, que si necesitas que te explique algo, dime. Estoy aún empezando y mis dedos se mueven con torpeza y curiosidad, como una ternera que va tropezándose por su propio entusiasmo mientras aprende a trotar. Siempre quise acercarme más a la música y siempre me paralizó la vergüenza. Pero la vergüenza, como la culpa, sólo se alimenta en las casas en las que supura la rigidez del juicio. Aquí me siento liviana y con derecho a fallar.

No quiero romantizar esto de la manera en que el mundo romantiza las casas donde viven un señor, una señora, un bebé y un perro. Tengo ya suficientes casas descarriladas a mis espaldas como para saber que lo que más caracterizará siempre a mi generación es la incertidumbre. Aquí también hay miedos, enfados, silencios tensos. Pero la manera de abordarlos no me da ansiedad. Todos los días hay alguna pequeña alegría, incluida ésta. No quiero romantizar, pero tampoco voy a renunciar a creer en algo que me hace feliz sólo porque todo acaba.

Comienzo a tocar y enseguida me equivoco. Vuelvo a empezar.

## terracea

Las azoteas del barrio empiezan a distinguirse en tonos rosados. Me he despertado del calor y no podía volver a dormir, así que he salido a la terraza, a contemplar el amanecer. Las tomateras que planté en primavera están enormes. La gata se comió algunas hojas mientras crecían y luego vomitó en la colcha de J.

Se me ocurre que J tiene el título oficial de mediación con los vómitos de los miembros de esta casa. Me río bajito de esta asquerosidad de idea.

Siempre que miro la ciudad desde la terraza me pregunto cuánto tiempo durará esto. Es curiosa esa costumbre de las personas queer: la misma pregunta que nos hacemos ante la desesperación, nos la hacemos también ante la alegría. ●

yo también tengo ese miedo. ¿Cómo no tenerlo? Tampoco sé cómo lo haré, cómo lo haremos, porque éste es un camino que se hace a ciegas. Pero sí sé —todas las personas que hemos salido de algún armario lo sabemos— que tomar decisiones por miedo no me va a llevar a una vida más tranquila o feliz.

Y que C, P, M y J no son mis *compañeras de piso*.

M vierte un par de cazos de sopa en un bol. Se lo acerca a C, que está en el sofá tiritando bajo la manta. Aquí té, senyora. Gràcies, maca. Siempre que se cuidan hacen la misma escenita: la de las señoras mayores que se hablan con voz arrugada y cariñosa y arrastran los pies.

Emulan en broma una vejez cálida con la que nosotres también tenemos derecho a fantasear.

## salón

Los ecos de nuestros gritos viendo *La isla de las tentaciones* se quedan pegados a las paredes al apagar la televisión. Cuando el último sonido de chanclas se aleja del salón haciendo flip flap por el pasillo, me acerco al piano eléctrico, me coloco los

# Barriga llena, corazón con- tento

Sofía Sofosa (ella /elle)

¿Recordáis el típico dibujo del libro de Conocimiento del medio en el que el bolo alimenticio —pintado de un verde bastante desagradable— recorría los diferentes órganos del aparato digestivo? Os invito a un paseo un poco diferente por este maravilloso proceso fisiológico denominado *comer*.

## Fase cefálica

La expresión «mariposas en el estómago» me parece muy adecuada, realmente puedo experimentar ese cosquilleo tan placentero. ¿Enamoramiento? Bueno, puede que entonces también, pero sobre todo lo siento cuando pienso en un encuentro con alguien querido que incluye comer. Enamorarse está bien, pero ¿qué me dices de esa sensación al pensar en compartir una jugosa pasta carbonara, una deliciosa pizza con heura, unas patatas al horno o una exquisita sopa de tomate? Has empezado a salivar, tu estómago te dice «ven, ven, ven. Hace bam, bam, bam. Luego bum, bum, bum. Y estalla el corazón»<sup>1</sup>.

## Ingestión o ingreso de los alimentos por la boca

Unto tu superficie con la cantidad exacta de tahín, deslizando con suavidad el cuchillo como si estuviera masajando tu esponjosa miga de centeno y espelta. A continuación, coloco los cherrys, cortados en láminas finas. Su rojo brillante estimula

la saliva y me imagino lamiendo su pequeña y dulce superficie carnosa con semillitas. Después, reparto las lonchas de aguacate. Puedo notar sólo con verlo y tocarlo su cremosidad acariciando mi paladar, el final de mi lengua y el fondo de mi garganta. Por último, te salpico con sal y te lubrico con aceite. «Éxtasis, viaje astral, segundos de muerte»<sup>2</sup>. Eres la perfección hecha desayuno orgásmico.

## Digestión o transformación de los alimentos en el tubo digestivo

La conversación se mezcla con la comida como si se guiasen entre sí. Un bocado tira de una frase que lleva a otra explicación que, a su vez, se ve interrumpida para comentar los sabores. Mastico las palabras que escucho y las trago despacio. Respondo, añado un comentario sobre la textura del untado y retomo la exposición de lo que siento mientras apoyo el tenedor.

El silencio, un diálogo superficial, una puesta en común sobre cómo ha ido el día, el chisme de última hora, preguntarnos qué tal hemos dormido, una conversación planificada o una súper profunda a la que no tenemos ni idea de cómo hemos llegado. Palabras o ausencia de las mismas que sobrevuelan desayunos, comidas y cenas. Son cuidarse, escucharse, mostrar interés, entregarse a la vulnerabilidad, descansar la mente, reflexionar, aprender.

El estómago e intestino se encargan de acoger lo ingerido, deshacer alimentos y sopesar frases, ideas y pláticas. Digerimos lo que hemos comido, lo que hemos escuchado, lo que hemos dicho. A veces con calma, a veces con prisa, a veces días o semanas después. La alegría vuelve al recordarlo, cosquillea el pensamiento, la nariz y la lengua. Me empuja y ahí estoy, planificando la próxima excursión a ese nuevo sitio vegano, organizando una cita de pizza y papas, proponiendo un encuentro de hamburguesas, improvisando unas arepas y olisqueando las fajitas que ya están casi listas.

## Absorción o paso de los nutrientes a la sangre

La cocina está inundada por el olor de la salsa de tomate que repiquetea en la sartén. Lo suficiente para sofreírla, lo justo para no salpicar apenas. Suena de fondo un podcast pero estoy absorta pensando en mi abuela y en sus conservas de tomate. Tarros y tarros nos alimentaron meses después de que, en cuestión de pocas semanas y sin verlo venir, se fuese para siempre.

De pequeña, cuando iba en verano al pueblo, me ponía de puntillas y miraba dentro del arcón-congelador que albergaba helados de todo tipo. Estuvo toda su vida atenta a tener en la despensa aquello que más nos gustase comer, aquello con lo que vernos disfrutar a carrillo lleno. Su reacción a mi vegetarianismo fue hacerse una lista mental de alimentos con los que podía continuar agasajándome. Cuando decidí dar el paso al veganismo ella ya no vivía, pero mi madre me recibió en casa con una tortilla de patatas vegana.

Necesité crecer para entender que lo que las mujeres de mi familia daban con su comida eran nutrientes en el más amplio sentido. Para comprender el porqué de tanto empeño en la limpieza y la cocina si se habían pasado la vida deslomadas limpiando y cocinando para otros. Aunque yo deseara darles una vida distinta, nuevas oportunidades, aprendí a otorgar la importancia que merecían a sus cuidados de casas limpias y platos

deliciosos. Ésta es la herencia que he absorbido y que definiendo. «¿Necesitas que te lleve comida a casa?, ¿puedo ayudarte yendo a limpiar?, ¿te preparo un táper de comida para el trabajo?».

Mi abuela y mi madre están en la sonrisa que me brota al ver a quienes quiero comer y disfrutar lo que cocino.

## Egestión o eliminación de los desechos

Camino descalza y percibo que tengo los pies mojados. Miro hacia abajo y me asusta ver que chapoteo sobre una especie de puré rojo. ¡Ay, mis diosas, ¿será sangre?, ¿he matado a alguien?! Me agacho, me llega un olor que reconozco y me atrevo a probar... ¡Es salsa de tomate! Miro a mi alrededor, ¿eso de ahí es un trozo gigante de tofu? Me acerco y le doy un mordisco que me pringa de salsa de soja la nariz, las mejillas y hasta las pestañas. Guau, sí que lo es. Avanzo un poco más y veo medio cherry, me tumbo encima. ¡Es genial, como bañarse en gelatina! Un poco más lejos hay una cordillera uniforme y esponjosa, sobre ella se pueden dar unos saltos increíbles. Grito al ver desde arriba que también está mi queso vegano favorito. En uno de los saltos me doy cuenta de que estoy en una pizza gigante y yo debo tener el tamaño de una Polly Pocket.

Me despierto escuchando una leve risa que proviene de mí, aunque mi cuerpo rápidamente me comunica que lo que pasa es que tengo ganas de

cagar. Maldigo brevemente a mi intestino por despertarme de tremendo sueño para esto, pero pienso en mi cuerpo cada día encargándose de sacar lo que no necesito y me acuerdo de esta cita: «No hay nada que puedas arrojarme que yo no sea capaz de metabolizar, ninguna cosa que sea impermeable a mi alquimia»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> SEX BOMB (2003) Ven, ven, ven [canción]. En *Ven*.

<sup>2</sup> KASE.O, NAJWA (2016) Mitad y mitad [canción]. En *El Círculo*.

<sup>3</sup> SPRINKLE, Annie en NELSON, Maggie (2018) *Los Argonautas*, Madrid, Tres Puntos Ediciones.

## El miedo

*Todos tenemos un relato y una historia. Aquí ofrezco los míos con la autobiografía de mi cuerpo y de mi hambre.*

Roxanne Gay (2017)

—Espera. —Su madre se acerca en dos pasos rápidos—. Hueles raro —dice mientras le agarra del hombro y olisquea tan cerca de su cara que podrían tocarse frente con frente—. Has comido basura. Huele a patatas fritas.

Ella no dice nada y piensa en el Lazarillo de Tormes y en la nariz aguiluca del ciego en su garganta buscando chorizo. Sonríe con la imagen.

—Dímelo. Has comido patatas fritas, ¿verdad?, ¿qué más has comido?

Ella recorre mentalmente el listado de menús aceptables que genera en su cabeza cada vez que le pregunta.

—Crema de calabacín y un filete de pollo con ensalada. Voy a estudiar.



Despiertas con la luz de la farola clavándose en tu cerebro. Buscas una camiseta para taparte la cara. Dónde coño estará el antifaz. Al incorporarte te das cuenta. Has vuelto a crecer. No mucho, apenas un par de centímetros de cintura.

Te tumbas boca arriba e inspiras. Contienes el aliento. Expiras. Repites varias veces. Sitúas una mano en el vientre y otra mano en el pecho, intentando sentir cómo sube y cómo baja. Entonces lo notas. Oyes cómo se expande la piel de tus brazos, de tus piernas, de tu espalda. Oyes cómo una masa viscosa se desplaza despacio, despacio, despacio. Oyes cómo tu cuerpo crece y se eleva y ocupa un poco más de espacio en la cama, y ahora un poco más, y ahora un poco más.

Una corriente de angustia caliente te sube desde el estómago hasta la garganta. Buscas rápidamente un podcast en el móvil, cualquiera te vale, la voz de la presentadora de un programa aleatorio que tape el sonido de tu cuerpo creciendo sobre la cama.

Mañana evitarás todos los espejos por miedo a confirmar tus sospechas. Así te podrás seguir visualizando en miniatura, manejable, tan pequeña tan pequeña que quepas en la cabeza de tu madre.

# Fiesta de gigantes

Loreto Ares (ella)

## La rabia

*Yo no pongo la otra mejilla  
Pongo el culo compañero  
Y esa es mi venganza.*

Pedro Lemebel (1986)

—Pues mira, hoy ha venido el del propano y no tenía suelto y he tenido que buscar en tus cajones —despotrica mientras la sigue a su dormitorio—. El disgusto que me he llevado al verlo, y el del propano esperando, y yo sabía que tenías suelto en la caja, pero no la encontraba, así que abrí el último cajón que sé que es el privado y que no te gusta que abra, pero tenía mucha prisa...

Ella levanta la cabeza por primera vez desde que llegó a casa.

—Hija, no me mires así, qué quieres que te diga, necesitaba encontrar efectivo, ¡y mira!

Su madre abre el cajón inferior de su escritorio y ella se queda rígida. Un arnés, dos dildos, una novela romántica que compró en Berkana y unas esposas de pelito rosa.

—¡Mira! —Y mira, sí, mira el cajón donde su madre señala indignada un par de envoltorios arrugados de patatas fritas—. ¡Sigues comiendo basura!

Ella mantiene el silencio y no mueve un músculo. Quizá, si se mantiene inmóvil el tiempo suficiente, sin levantar la mirada del arnés, los dos dildos, la novela romántica que compró en Berkana, las esposas de pelito rosa, los dos envoltorios arrugados de patatas fritas, quizá pase el tiempo suficiente para que su madre salga del dormitorio mascullando, para que pueda marcharse de casa, para que esta historia se convierta en un chiste que cuente entre cañas, para que su psicóloga le diga que lo siente y ella no entienda nada porque es

desternillante: «¿no lo has pillado?, ¡el arnés, los dos dildos, la novela romántica que compré en Berkana, las esposas de pelito rosa!», y que la psicóloga la mire con ternura y le responda: «venga, ahora repíteme la historia sin reír».



Has logrado sentarte pese a la multitud en el vagón. La cabeza gacha, concentrada en el móvil. Un gif que encuentras buscando *breathe* en el navegador marca el ritmo de tu respiración. No pienses en las personas que te rodean. No pienses en sus miradas. No pienses en la falta de una salida de emergencia que se active ya, pero ya ya ya. No pienses en tu reflejo en el cristal.

Y, de pronto, el chasquido. El apoyabrazos revienta por la presión de tu cadera, y ahora tú no dejas de crecer. Sueltas el móvil, o se te cae, ya no sabes. Es tan pequeño como un reloj y no eres capaz de darle a los botones con tus dedos enormes. La cabeza roza con el techo del vagón.

En el mismo momento en el que la locución comienza a advertir atención estación en curva al salir tenga cuidado con y estallan los cristales las paredes y la voz se deforma mientras menciona el coche y el andén. Los gritos, el ruido de metal, el olor a quemado. Qué pequeño es el mundo desde aquí arriba. Qué pequeño su miedo su asco qué pequeñas sus miradas qué pequeños sus huesos aplastados por tus piernas de gigante. Ridículos. Sonríes. Eres grande y fuerte y todos ellos están muertos.

## La alegría

*Y entonces las vi: un grupo de chicas gordas. Nunca había visto a mujeres gordas en grupo, de esa manera. (...) Me quedé helada de verlas: felices.*

Virgie Tovar

Tenía veinte años cuando tuvo que entrar agarrada del brazo a una de sus citas con la psiquiatra. Le costaba mucho caminar.

—Ay, chica, qué bien te sienta la languidez.

Como si estuvieran en el siglo XIX y el ingreso hubiera sido en un sanatorio para tuberculosas.



Desde las alturas escuchas otras explosiones de cristales y metales. Más vagones, algunos edificios, una consulta médica, un colegio, todo revienta por la presión de otras gigantes que rebosan por las ventanas y las azoteas.

Os miráis desde distintos puntos de la ciudad, sonriendo, y camináis para encontraros. Sois ya tan enormes que no os llegan los gritos de los microscópicos humanos a los que aplastáis a cada paso. De vez en cuando miráis hacia abajo y os reís de su terror y de su sangre. Parece que al final el miedo sí que cambió de bando.

Alguien ha puesto música y suena Krudas Cubensi. Reís y bailáis desnudas sobre miles de cadáveres, la abundante carne de tu abdomen se agita y provoca un huracán que derrumba, a kilómetros de aquí, la casa de tu infancia con tu madre dentro.

Fiesta de gigantes.

La alegría te sienta muy bien. 🍷



# No nos dais otra opción

Elena Prous (ella)

Había sangre y un reposapiés en el último escalón de la escalera del congreso de los diputados, una rueda y unos trozos de muleta. El león de la derecha tenía la boca sellada con una pegatina en la que se leía *Derechos humanos para vivir con dignidad*. En el otro león se apoyaba una pancarta donde se podía leer *Tu tutela me la pela*. Seis policías colgaban de los pies de cada columna de la puerta del edificio. Tenían la boca destapada, la mayoría lloraba. Uno, que tenía un tatuaje de un lobo en el pecho, me miró y dijo: «quién se lo iba a imaginar; eran cuatro minusválidos de mierda».

Se oían sirenas a lo lejos y también un helicóptero. Los periodistas se comenzaban a agolpar tras el cordón amarillo. Lo primero que habían pedido por TikTok era visibilidad mediática. Ordené a los míos que desataran a sus compañeros y los trajeran a la carpa de la guardia civil instalada un poco más abajo para interrogarlos. La puerta del congreso estaba cerrada y tenía varias pintadas que no pude descifrar. Sólo entendí una que decía *Para accesible mi coño y no tus políticas sociales*.

—Capitán, nunca había visto tanta violencia, señor— dijo el policía que más lloraba. Traté de que se calmara, le di un clínex y unos caramelos y comenzó a contarme lo sucedido.

—Estábamos el compañero y yo en el turno de puerta. El uniforme bien planchado, señor. Las piernas abiertas con la postura reglamentaria. Dos chicas en silla de ruedas y en minifalda nos gritaron desde abajo que si podíamos bajar la escalera. Sus piernas eran finas, suaves, pequeñitas como sus pies, como esas que salen en las páginas fetiche, en la sección *Devotee*.

»Bajamos convencidos de que nuestra labor ciudadana es ayudar a las más vulnerables y sólo abandonamos nuestro puesto por ello. Una, la más rubia, me dijo que no podía abrir su riñonera, que no tenía fuerza en las manos por su distrofia muscular. Me dispuse a ayudarla y eché la ametralladora a la espalda, y fue ahí cuando noté un tirón. Lo siguiente que vi fue a un niño, con un hablar cortado, como de

Ordené a los míos  
que desataran a sus  
compañeros y los  
trajeran a la carpa de la  
guardia civil instalada  
un poco más abajo para  
interrogarlos.

paralítico cerebral —  
sé mucho de diagnósticos  
porque tengo una prima con síndrome  
de Down—, empuñando mi arma hacia mí.  
Le ordenó a mi compañero que soltara también su  
ametralladora y se la diera a la otra chica morena, la  
que tenía los muslos más delgados. Sonó un silbato y  
unos 20 o 30 discapacitados salieron de los laterales  
de las escaleras y empezaron a subir. Los que andaban  
raro, hemipléjicos creo recordar, subían más rápidos.  
Las que iban en silla manual se tiraron y comenzaron  
a reptar, y los que iban en sillas de ruedas eléctricas  
las cubrían con nuestras ametralladoras. Un trabajo  
en equipo. Estaba preparado. Seguro. Un par de chicos  
ciegos nos quitaron la ropa con bastante respeto, no  
quiero faltar a la verdad, señor, y nos empezaron a  
atar con unas cuerdas que olían a yuca, era exotizante.  
Después, uno bajito me tapó la boca y lo siguiente que  
recuerdo es estar colgado de la columna.

Rompió a llorar de nuevo. Le pedí que saliera  
y ordené que trajeran a otro. Esperaba que su  
compañero de turno llorara menos y tuviera más  
información.

—Bajé con mi compañero porque sé que le gustan  
así, paralíticas. A mí no. A mí me gustan normales,  
señor. Una vez que estábamos desarmados y atados  
no podíamos hacer más. Estaban enajenados. Un  
amputado me acariciaba el pelo mientras me subía con  
una polea a lo alto de la columna. Sus brazos eran muy  
fuertes y musculados, como los de mis compañeros del  
*gym*. Se hacían fuertes en la parte baja de la escalera  
reventando con los reposapiés de las sillas los tobillos  
de los refuerzos que se acercaron desde la puerta  
lateral. Muletazos, mordiscos. Cuando venían de  
excursión los días de puertas abiertas no eran así. No  
entiendo qué les pasó, ni qué querían. Pedían derechos  
y asistentes personales. ¿Eso qué es, señor? Ahora que  
los minusválidos pueden pedir la eutanasia. Entraron  
porque Echenique les abrió la puerta. Bueno, él no,  
otro normal que iba con él. Y entraron todos los que

Un trabajo en equipo. Seguro. Un par de chicos ciegos nos quitaron la ropa con bastante respeto, no quiero faltar a la verdad, señor, y nos empezaron a atar con unas cuerdas que olían a yuca, era exotizante. Después, uno bajito me tapó la boca y lo siguiente que recuerdo es estar colgado de la columna.

podieron. Entonces un retrasado al que entendí fatal, dijo: «Ahora sí que voy a poder decir eso de *Bienvenidos a la república independiente de mi casa*», y cerró la puerta.

No estaba dispuesto a seguir interrogando inútiles. Entraría con la guardia civil y con unas entradas gratuitas para un concierto del Langui y saldrían sin resistencia, pero llegó este comunicado y no podía hacerle eso a mi mujer:

*Activistas con diversidad funcional, discapacitadas y tullidas, nos hemos visto obligadas a realizar esta acción directa ante la falta de cambios políticos. Procedemos de organizaciones y grupos que siempre nos consideramos feministas y la violencia no nos representa. Esto es justificadamente autodefensa antipacitista. Hemos entendido las «otras» emergencias en materia de políticas sociales. Hemos aguantado asociaciones segregadas por diagnósticos, carreras benéficas, subvenciones limosneras. Hemos soportado la invisibilidad dentro del movimiento feminista. Feministas, nos habéis fallado. Hemos dado charlitas gratuitas durante años. Hemos callado ante el apoyo unánime al 189 OIT mientras ninguna decía nada sobre la precariedad de la Ley de «dependencia». Sostenido con una sonrisa cada falta de accesibilidad. Por ello, hemos tomado las instituciones. Hay grupos de discapacitadas asaltando todos los ministerios en estos momentos. Nadie sin un certificado de discapacidad podrá salir de casa hasta que tengamos claro el nuevo orden social a instaurar. A los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado sólo deciros que, si tratáis de pararnos, sacaremos todas las conversaciones con vosotros de los chats fetiche donde nos contactáis y las fotos que nos mandáis por la sección de cuidado del Mil anuncios y no sólo habréis perdido el Estado, sino que veréis caer al Cisheteropatriarcado. Estáis avisados. Feministas, pronto propondremos una mesa de diálogo con vosotras. Los próximos comunicados serán por cadenas autonómicas y en lengua de signos. Salud y dignidad. ●*

# Cuando gozamos, ganamos\*

Laura Muelas de Ayala (ella)

## 1. La escena

\* El título está inspirado en lo que en 1990 el colectivo Queer Nation decía en su manifiesto: «Cada vez que follamos, ganamos» («*Every time we fuck, we win*»). Disponible aquí: <https://www.historyisaweapon.com/defcon1/queernation.html>

Estoy dándole vueltas a este texto que tendría que haber entregado hace ya unas semanas. Es pleno julio, estoy agotada, y después de este intenso curso, me cuesta retomar mi investigación para contar algo que le dé otro aire, menos académico, más veraniego. Pasan los días, las semanas, me voy desocupando y cada vez tengo menos excusas para no ponerme a escribir. Azahara Alonso<sup>1</sup> relata que solía pensar que «para escribir el gozo era preciso pausar el resto de la vida», y me interpela.

Descubro la pila de libros acumulados en las estanterías, los que están pendientes de leer y los supersobados. Vuelvo a ellos. Quizá encuentre alguna pista, un surco, algo. Cuando debiera empezar a disfrutar de los frutos, de profanar el texto, la quietud me atrapa. No estoy especialmente militante en estos momentos, ni especialmente alegre, pero, sin embargo, son palabras que entiendo como eminentemente enrevesadas y dependientes, aunque con condiciones. ¿Qué necesitan los cuerpos para la alegría? ¿Qué es el placer? ¿Cómo entendemos la política? ¿El placer es siempre alegre? Diría que no, pero me atrevo a afirmar que la alegría siempre produce placer. Decido validar esta hipótesis y continuar con el texto.

## 2. El placer es el instante

Decía Carole Vance<sup>2</sup> que la sexualidad es un campo en disputa tanto política como simbólicamente «sobre el cual distintos grupos luchan por instrumentar programas sexuales y cambiar las disposiciones e ideologías sexuales». Con el placer en su sentido más amplio sucede algo parecido. Las múltiples maneras de aproximarse a las configuraciones del goce dialogan y se confrontan entre ellas

<sup>1</sup> ALONSO, Azahara (2023) *Gozo*, Madrid, Siruela.

<sup>2</sup>S. VANCE, Carole (1997) «La antropología redescubre la sexualidad: un comentario teórico». *Estudios demográficos y urbanos*, Vol.12, nº1, pp.101-128.

¿Qué necesitan los cuerpos para la alegría? ¿Qué es el placer? ¿Cómo entendemos la política? ¿El placer es siempre alegre? Diría que no, pero me atrevo a afirmar que la alegría siempre produce placer.

a partir de las normas, restricciones, disposiciones y objetos relacionados con el placer en cada contexto y momento histórico.

El placer es un concepto escurridizo y cambiante, que confunde y seduce, que significa cosas diferentes y contradictorias para cada persona. El placer varía con la edad, las circunstancias sociales y económicas, la manera en la que son leídos los cuerpos, los traumas, las alegrías, y sus dimensiones políticas suelen quedar veladas, ya sea como estrategia neoliberal —cómo el sistema utiliza el placer para premiar la productividad—, o incluso, desde sectores politizados, negando o infravalorando su potencial para la transformación social. Sin embargo, poner el foco en el placer no significa dejar de lado las violencias y opresiones que sufren los cuerpos, sino, precisamente, llamar la atención sobre el hecho de que también existen inmensas desigualdades en el acceso al placer.

Pero el placer también es concentración y desorden; es aquí y ahora, pero es un aquí y un ahora que hace que la concepción del tiempo se diluya. La experiencia del placer tiene sentido en tanto que es corporal y compleja, donde diferentes estímulos fisiológicos, neuronales y sensoriales conforman el devenir de la experiencia. O lo que es lo mismo, lo físico se torna semántico sólo una vez que la experiencia da paso al relato, aunque lo semántico construya también la experiencia física.

### 3. (El) placer(es) político(s)

«El placer es mío, caballero», rezaba una de las pegatinas que R. Lucas Platero y María Rosón<sup>3</sup> rescatan de las Primeras Jornadas de Sexualidad Femenina, celebradas en Barcelona en 1980. Una apropiación de todo lo que no les pertenecía: la voz, la autoridad, la política, el placer.

Durante los años que he estado investigando el placer en el movimiento feminista<sup>4</sup>, he tenido la sensación de que muchas de las personas con las que hablaba tenían una idea del placer que no se correspondía —del todo— con la práctica del mismo. Es decir, en los discursos encontraba la idea de la ausencia del goce en los espacios feministas, y esto entraba en contradicción

Los colectivos (trans)feministas y LGTBI+ llevan décadas tejiendo espacios en los que vida y militancia no es que se confundan, es que son indistinguibles, porque la lucha por la vida pasa por la organización de los cuidados y el placer en esos reductos de libertad y activismo radical que van del centro comunitario a la discoteca clandestina.

con los continuos escenarios de placer que formaban parte de los relatos de las activistas en su trayectoria política. Me preguntaba a qué se debía tal desfase.

Veía que dentro del activismo feminista se han reformulado toda una serie de elementos de lucha que, poco a poco, han ido abriendo los canales para otro tipo de estar en la militancia que tiene que ver con cuestiones como el deseo, el gozo o los cuidados. Sin embargo, los propios temas que marcan la agenda y que priorizan unas luchas por encima de otras determinan, unas veces de forma más explícita y otras implícitamente, que el placer en sí mismo no es lo suficientemente importante como para ser una reivindicación de primer orden. O también, qué escenarios son los que quedan fuera de los análisis y de la definición de lo político. Los colectivos (trans)feministas y LGTBI+ llevan décadas tejiendo espacios en los que vida y militancia no es que se confundan, es que son indistinguibles, porque la lucha por la vida pasa por la organización de los cuidados y el placer en esos reductos de libertad y activismo radical que van del centro comunitario a la discoteca clandestina.

### 4. Mi cuerpo y otras fiestas\*

El otro día leía un libro y apareció una palabra a la que no suelo prestar mucha atención, pero que en ese momento me despertó algo. La palabra es *lucero*. Inmediatamente pensé en el lucero del alba, Venus, y en algunas imágenes que asocio a los amaneceres: una playa sin gente, las noches de insomnio, la vuelta a casa tras una fiesta en la que, con el cuerpo sumido en el cansancio gozoso del baile y la risa, se ha producido una transformación. Es el cambio que produce la colectividad alegre y desfasada de la pista de baile, de la verbena, de la celebración de la comunidad y en comunidad. Pensemos en los efectos —y afectos— que dejan esas fiestas en nuestra memoria<sup>5</sup>, en la relación con las demás, con los espacios, con nuestro placer. Imagino todo eso y ya no me hace falta parar la vida para escribir el gozo, porque me doy cuenta de que es el placer lo que me motiva a escribir los pedazos de vida que nos queden por bailarnos. 🌀

\*\**Su cuerpo y otras fiestas* es el título de un libro de relatos de Carmen María Machado (2018).

<sup>5</sup>Ver el libro colectivo sobre fiestas, feminismo y placer coordinado por Miren Guilló *Festak, genero-harremanak eta feminismoa. Begirada teoriko eta antropologikoak, praktika sortzaileak eta plazeraren kudeaketa kolektiboak* (2016).

<sup>3</sup> PLATERO, R. Lucas y ROSÓN, María (2019) «El placer es mío, caballero». En Fefa Vila Núñez, Javier Sáez del Álamo, *El libro de buen [A]mor. Sexualidades raras y políticas extrañas*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, pp.32-33.

<sup>4</sup>De 2015 a 2020 he realizado una etnografía sobre prácticas feministas en torno al placer, más allá del placer sexual, en el movimiento feminista del País Vasco principalmente, que culminó en una tesis doctoral en 2023.

# La alegre ruxidera

Ruxideres (ellas)

## Si no puedo bailar...

La sindical no es la más alegre de las militancias. El sindicalismo es un mundo de duros señores obreros, curtidos en mil huelgas y barricadas... o eso dicen. Para que te dejen participar tienes que conocer las reglas del juego. No destacar, ni cuestionar, tampoco salirte de las (sus) normas. No es un club muy exclusivo, pero hay que conocer la contraseña. Al menos en nuestra experiencia.

Y, sin embargo, muchas mujeres nos acercamos a las organizaciones y participamos desde las bases. Si esa participación se encara de forma individual o gremial, ni tan mal, compañera. Puedes acabar siendo una heroína de la clase obrera, con tu foto en un cartel, y tu nombre coreado a gritos: «¡Fulanita, readmisión!». Porque las consignas de lucha no han variado mucho en los últimos... 100 años (año arriba, año abajo). Basculan entre la «¡dimisión!» —del *empresaurio* de turno— y la «¡readmisión!» —de la trabajadora correspondiente—. Ésa serías tú.

Ahora bien, si lo que buscamos es nuestro hueco colectivo, acabaremos en el espacio para mujeres que toda organización sindical tiene. Algo así como «sus labores sindicales»; es decir, ese espacio donde se habla de *cosas de mujeres*: baja por maternidad, reducción de jornada para la conciliación, el 25N, el 8M. Esas cosas de mujeres que sólo afectan a las mujeres. Para todo lo demás, ya están la organización y sus líderes, los mismos que llevan ¿100? años (año arriba...) sabiendo qué hacer en cada momento (sota, caballo y rey) y que te lo van

a explicar muy clarito. Eso sí, cuando ya lo hayan hecho. Tú sujeta la pancarta y corea las consignas.

Espera, ¿no hicimos varias huelgas feministas? ¡Ah, sí! ¡Es verdad! Y no hace tanto (menos de 100 años). Fueron aquellas que algún *compañero* calificó de «discriminatorias» porque «sólo eran para mujeres». Y en las que algún otro preguntó insistentemente por su papel (¿qué hago?, ¿dónde voy?, ¿cómo me coloco en la foto?). Ains... Y salieron cientos de miles de personas a las calles, pero no fue suficiente. Tampoco convocar y organizar las huelgas. Nunca lo es. Tenemos que volver a empezar cada año, como si nuestra experiencia fuese sólo una anécdota para contar en el *chigre*. Y de éstas también tenemos: la del que vino en falda a una asamblea para demostrarnos... algo, o el que nos habló de cuidados... paliativos.

¿Es ése el sindicalismo que queremos? ¿Nos representa el sindicalismo del «pleno empleo»? Los convenios y acuerdos colectivos no suelen cuestionar la organización socioeconómica. El hecho de vivir en una sociedad capitalista y patriarcal no forma parte de los análisis y enfoques de las organizaciones sindicales, y menos de la acción sindical. Creemos que lo que necesitamos son reflexiones y acciones que no se circunscriban únicamente a la explotación laboral o a las tareas productivas y remuneradas; sino que partan de la base de que todas las mujeres se encuentran bajo la categoría de trabajadoras, en un sistema que coloca sobre nosotras el

El sindicalismo es un mundo de duros señores obreros, curtidos en mil huelgas y barricadas... o eso dicen. Para que te dejen participar tienes que conocer las reglas del juego.

sostenimiento de la vida. Así, el capital explota nuestra energía y se apropia de nuestro tiempo para que llevemos a cabo todas las tareas de cuidados, que mantiene como trabajo no remunerado.

¿Son posibles esas reflexiones y acciones en los sindicatos donde militamos tantos años? Aquí vendría muy bien esa cita de Audre Lorde sobre las herramientas del amo. Nos ahorramos repetirla, que el espacio es reducido, pero ahí te la dejamos.

## ... tu revolución no me interesa

¿Esto no iba de alegría? Cierto, no venimos sólo a quejarnos, sino a contar que hay alternativas, otras formas de hacer y de pensar el sindicalismo, desde el feminismo, claro. Por un lado, y aunque antes hemos dicho lo contrario, la sindical es una militancia que da muchas alegrías. Los efectos de una movilización concreta se ven, a veces, en un espacio de tiempo corto. La fuerza de un grupo de personas que, vencidas en lo individual, son capaces de subvertir la situación de discriminación, vulnerabilidad o injusticia es enorme. La empatía y la sensación de «familia» que permanece en el grupo, aún años después de haber vivido esa situación clave en su trayectoria vital, es emocionante.

Acompañar y compartir esos momentos, formar parte de esas luchas daba todo el sentido a lo que hacíamos, pero había que ir más allá, queríamos

cambios estructurales. Y para eso era necesario un punto y aparte. Nosotras no conseguimos avanzar más, pero sabíamos (sabemos) que lo que necesitamos es un sindicalismo feminista y nuevas formas de militancia. Y sabíamos también que no éramos, ni mucho menos, las únicas. Ésa fue otra alegría: acudir a un encuentro estatal y ver que somos muchas las que estamos por romper, aquí y ahora, con las viejas formas, las viejas normas. Encontrarnos con colectivos que se autoorganizan, porque tampoco tienen sitio en los sindicatos, como las Kellys o las trabajadoras domésticas. Quitarnos el peso de unas organizaciones y unas prácticas de lucha que no sentimos nuestras. Construir discurso propio: el apoyo mutuo, la interseccionalidad, la autoorganización, la formación y el compromiso nos llevarán a conseguir cambios reales.

Las compañeras de Territorio Doméstico nos dieron una clave fundamental al nombrar y definir el *biosindicalismo* como «una forma de lucha por el derecho de todas las personas a tener vidas que merezcan la pena y, sobre todo, la alegría de ser vividas. Porque luchamos y queremos seguir luchando por todos los derechos que se juegan en la vida cotidiana, y de ahí el juego con el prefijo *bio*».

Si crees que un órgano de dirección es un apéndice en extinción, que una ejecutiva es una señora que trabaja para el mal y que el sindicato es el nuevo *IMSERSO*, no estás sola. La militancia sindical feminista será alegre, consciente, diversa... y vendrá a remover, a sacudir y a incomodar. Habrá quien aún no lo entienda, y a quien le pille imprimiendo octavillas. Para las otras, las que no encajaban y molestaban, se abren infinitas posibilidades.

Atentas, que ya está aquí. ●

# T4T

Cumbre S. Molina (elle)

Son las ocho de la tarde y, aunque nuestros cuerpos están cansados por el trabajo, puedo oler su deseo tembloroso desde la otra esquina de nuestra cama. Es un olor que me perturba y que me hace retroceder en el tiempo. Me lleva a lugares cargados de violencias que mi memoria corporal no es capaz de olvidar. En ese momento tengo miedo. Sí, oler su deseo me hace tener ganas de llorar. Y aunque me da vergüenza admitirlo en voz alta, sé que ella ya se ha dado cuenta. Lo sé porque veo sus ojos de ciervo asustado, temerose por si hacer explícita su excitación le convierte instantáneamente en una de esas personas que a ella y a mí nos hicieron tanto daño.

Respiro hondo mientras me repito como un mantra que, aunque el trauma ocurre en las relaciones, la sanación también. *Ufff...* un calor interno va subiendo por mi cuerpo conforme la hipervigilancia pierde protagonismo. Hoy no quiero renunciar a crear juntas un universo propio y pequeño donde deshacernos de los esquemas que nos quisieron imponer.

Vamos, Cumbre, díselo. Bah, que ningún mar en calma hizo experto a un marinero —claman las voces de mi cabeza.

—Oye Milo, me gustaría tener sexo contigo ahora, ¿a ti te apetece? —baluceo con vergüenza mientras sonrío y mantengo una distancia física prudente para influir lo menos posible en su decisión.

—Me encantaría. —Sus ojos chispean un deseo expansivo que me contagia.

Entonces, con la intención de hacer algo diferente —y creyéndome pícaro— le propongo jugar al Strip Póker.

*A Milo, por enseñarme que enfrentarme al miedo de la vulnerabilidad que siente mi cuerpo frente a otros sigue siendo la mejor de las decisiones.*

No es tarea fácil esto de ser agente del deseo propio, más cuando tanto tiempo hemos vivido desconectades del mismo o sólo nos hemos conocido a través de la mirada ajena.

—*Mmm*, vale, ¿pero qué te parece si aumentamos el nivel? En vez de quitarnos una prenda cuando perdamos, quien gane podría dar una orden a la otre y deberá cumplirla hasta la ronda siguiente —sugiere tan excitado como nervioso.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Chequeamos algunos límites, establecemos una palabra de seguridad y comienza el juego.

Primera ronda. Mis cartas son medianamente buenas y sospecho que tengo posibilidades de ganar. Pienso y requetepienso en qué apostar. No es tarea fácil esto de ser agente del deseo propio, más cuando tanto tiempo hemos vivido desconectades del mismo o sólo nos hemos conocido a través de la mirada ajena. No obstante, si de algo estoy segura es que, aunque a veces no pueda ser así, hoy la alegría de lograr experimentar la amplitud de mi cuerpo junto al suyo —como si de una fuerza creativa se tratara— es, sin lugar a dudas, más poderosa que el miedo.

—Está bien, si gano esta ronda tendrás que gatear desnuda hasta la puerta de la habitación,



ILUSTRACIÓN | Cumbre S. Molina

regresar, y mantenerte a cuatro patas hasta la siguiente —apuesto tapando con una falsa actitud de seguridad lo mucho que me ha costado verbalizar mi deseo.

Y así, en un vaivén de risas, perversiones y torpezas, la partida sigue su curso como si de una fiesta se tratara. Aunque, pensándolo bien, sí que lo es... Una celebración de la abundancia de nuestros cuerpos gordos, llenos de pliegues y recovecos que ya no se esconden y se entregan al goce que durante tanto tiempo nos quisieron negar. Todo un espectáculo de orgasmos cambiantes por la T, genitales hormonados y miradas cómplices que nos reconocen y validan en este experimento mutante

que a veces es habitar un cuerpo trans. La alegría de saberme por fin, y al menos por un ratito, merecedore del placer que me produce explorar un deseo mío, un deseo propio, y las múltiples posibilidades de mi cuerpo en contacto con el suyo.

En un momento de vuelta a la realidad se me ocurre mirar el reloj.

—Madre mía, son las tres de la madrugada.

—*Ufff*, vámonos a dormir ya, que entro a las ocho en el turno de limpieza.

Para festejar la abolición del trabajo asalariado obligatorio todavía queda un tiempo.

Pero al menos mañana iré a trabajar sin pisar el suelo. ●

# Leer y escri- bir

Celia García López (ella)

## 1. Leer

Se recuesta en la cama. Pone la almohada doblada en el cabecero de madera de caoba color miel, estira el antebrazo para que su hermana pequeña le haga cosquillitas. La mano adulta apaga la luz del techo y enciende la lamparita de lectura, se acomoda; busca la marca en el libro, la esquina doblada donde se quedaron ayer y comienza. Las dos hermanas se van meciendo en el dulce soniquete de la lectura, observan con detalle las trenzas rubias de la protagonista, pueden sentir las patas de Ártax hundiéndose en la ciénega, su miedo, y comprenden que el azul de los ojos equinos es el azul de todos los cielos.

Fuera de casa no pueden decir esas cursilerías, porque las tratarían de niñas ñoñas y ellas, que tienen una reputación que mantener, no quieren ser eso. Son listas y se ponen debajo cuando juegan al pico, pala, puño; dicen palabrotas y han probado el tabaco, el café y la cerveza. Aunque su momento favorito en el mundo es cuando la voz adulta les lee una historia que ellas mismas han elegido, hay veces que se meten tanto en las novelas que han llegado a creer que son alguna de las protagonistas, hablan de ellas con tal cercanía como si fueran parte de la familia.

## 2. Escribir

Escribir es una conmoción. Empezar a escribir es un sufrimiento, nunca es el momento, no sé hacerlo, ¿acaso tengo algo que decir? Pero luego escribes por evasión, escribes por escribir, porque puedes y te gusta, porque tienes que hacerlo y al final también lo disfrutas. Entonces, aparece la voz que te dicta y las manos en el teclado van solas y no te paras a leer porque la voz va muy deprisa y no puedes parar. Y cuando te detienes porque hay ruido, o acallamiento, o porque ya no te aguantas las ganas de ver qué has escrito, al cuerpo le pasa que se queda como descansando, como feliz por dentro, más ligero. Y entonces lees y, las más de las veces, dices: «¡vaya!, ¿esto es lo que he escrito?», y algunas otras te quedas enganchada en un párrafo y empiezas a cambiar las palabras porque no era eso exactamente lo que querías decir, porque hay alguna expresión que encaja mejor y otra vez el cuerpo, que se viene arriba, que se anima y vuelve a conectar con ese lenguaje tan extraño, tan poco real que es el lenguaje de la escritura.

En el pueblo, en la época del instituto, siempre llevaba una libreta en el bolso, y, a veces, borracha, me sentaba en alguna parte del chiringuito o en el pub y me ponía a escribir. Si alguna noche se me olvidaba la libreta pedía un boli en la barra y lo hacía en servilletas. Era puro postureo, pero las aficiones

construyen parte de nuestra identidad. El día que en la biblioteca me dieron el premio a la mejor lectora del año, encontré que eso era lo que iba a ser, alguien que lee y escribe.

Escribir es también una ensoñación. Un derecho. Una apropiación del espacio y el tiempo. Escribir para las amigas, para una misma, en Instagram. Escribir porque sí. Escribir por sentir la alegría del cuerpo cuando escribes. Escribir es un privilegio.

Se recuesta en la cama. Enciende la lamparita de noche, coge el ordenador, nunca lo lleva a la habitación, pero hoy es un día especial. Dobla la almohada para incorporarse, cierra los ojos, extiende el brazo como si su hermana estuviera cerca, y dibuja esa escena en su recuerdo. Siente las cosquillitas, la felicidad que cierra el día, la voz adulta lee como nadie nunca después lo ha vuelto a hacer. Con el cuerpo blandito, abre los ojos, pone sus manos en el teclado y empieza a escribir.

**Posdata.** Algunas cosas que me han rondado mientras hacía este texto. No se me pasa por alto quién puede y quién no puede escribir y leer. Quién hizo de la palabra escrita herramienta de poder, quién usó el cante, la música, el *jasssss* como forma de resistencia ante una escritura que era y, sigue siendo, esencialmente blanca, elitista, burguesa. Tampoco se me pasa por alto la imposición de una escritura que además de blanca es patriarcal, y bien de mercado, y que durante siglos ha denostado cualquier forma de expresión escrita que naciera en los márgenes de la esfera del saber-poder.

### Dos conversaciones.

El novio de una compañera me dice que hace su tesis sobre José Heredia Maya, poeta, dramaturgo, catedrático, de etnia gitana. Nacido en Albuñuelas, provincia de Granada. El novio de mi compañera, que también es gitano, me dice que su obra más sonada fue *Camelamos Naquerear*, donde visibiliza la persecución durante cinco siglos de su pueblo. Hace años Jose me había hablado de ese dramaturgo, que también fue decano en la facultad de educación, y al que conocía porque uno de sus hijos estudió con él derecho, así que, cuando el novio de mi compañera me dijo el nombre, yo le pregunté si había sido decano de la facultad de educación y me dijo que sí un poco sorprendido de que supiera de su existencia.

Una de las Irenes de *La Madeja* me dice que, por circunstancias que no vienen al caso, se ha acercado a la figura de Agustina González López, «la Zapatera de la calle Mesones». Le digo que hace unos años Enriqueta Barranco escribió una biografía sobre ella y que, por circunstancias que no vienen al caso, me tocó encargarme del puesto de libros en la presentación que hizo en la Madraza, en Granada. La Zapatera fue espiritista, teósofa, escritora y política, y también fue brutalmente asesinada en los primeros días del golpe de estado militar que acabó fraguando una dictadura de la que no acabamos de recuperarnos, a pesar de los más de 40 años de su final.

Y estas dos conversaciones me llevan a sentir que el acto de leer y de escribir es, a veces, también una amalgama de sombras que se entrecruzan atravesando los cuerpos de todas las que alguna vez hemos cogido un lápiz, o el artefacto que sea, y hemos escuchado la voz que dicta. ●

# Las bifurcaciones

Laura Gutiérrez (ella)

La escritura que rodea este texto está llena de signos que nadie podría llamar exactamente «alegres» y, sin embargo, tejen una trama que hace que movamos la boca en una mueca festiva. Pero, ¿qué es exactamente *estar* alegres?, ¿o será más bien que la pregunta gira alrededor del «ser»? Una cosa, así como: «¿somos alegres?». Pero... ¿no habíamos abandonado toda esencialidad? Además, qué cansado *ser* (siempre) alegre, aunque los carteles de las góndolas del supermercado de la felicidad interior y la psicología barata del neoliberalismo se empeñen en vendernos el empoderamiento en cápsulas refinadas de posters en serie que nos auguran que «la felicidad está en tu interior y que todo depende de vos». ¿Será entonces que la alegría es apenas un chasquido que resuena cuando «andamos» alegres? Un transitivo estado hamletiano entre ser y no ser que nos recuerda que la alegría siempre, siempre, se construye junto a otrxs.

## Las confusiones

«La alegría de volver», algo así fue el tópico que lanzamos con mi amiga Celia a ambos lados del océano cuando pensamos sobre este texto. No tuve dudas sobre a qué nos referíamos. Me embargaba la sensación de saber que en un breve tiempo —después de ocho años— volvería a *ésa*, mi casa granadina, al sur de España. Me pasé semanas imaginando viejos escenarios conocidos, el miedo a que ya no estuvieran, el pavor a su transformación gentrificada. Las calles, sus sonidos nocturnos que pervivían todavía borrosos, el repiqueteo que hacían nuestros pasos yendo y viniendo de una punta de la ciudad a la otra. El sonido del silencio compartido durante las tardes de verano con calorazo mortal o de los tiempos en suspenso con series de mala muerte clase Z. Formas opacas de la felicidad.

Contra la nostalgia rioplatense mofándose del tango que nos caracteriza, volver se encarnaba como una extraña algarabía allí donde una vivió intensamente parte de la vida. Sus alegrías, pero también sus dolores, sus duelos, sus descubrimientos, la profunda curiosidad de aprender a ver y mirar con otros ojos que da la extranjería. Contra todo pronóstico de la frente marchita, volver siempre es una alegría anudada en la huella de una nueva aventura donde, por suerte, nunca somos las mismas. Pero, además, la alegría es doble cuando una puede recorrer lo viejo conocido con las personas que una ama, porque es allí, en la mirada de esas otras, donde la alegría se sostiene

incansablemente. Y es allí, en esos ojos, donde todavía aparece la intensidad del futuro presente en el aquí y ahora.

Sin embargo, estando ya en el otro lado y recuperando esa costumbre andaluza donde no se sabe si una habla más rápido de lo que bebe cerveza o la cerveza se acaba tan rápido como una habla, el malentendido se desató con toda su risa. La alegría de volver no era por este aquí y ahora, ni por esas tierras andaluzas, sino que remitía a la decisión que me había traído de nuevo al sur del sur en 2013. La alegría encapsulada en ese insistente «volver a ¿casa?» que, claramente, yo no recordaba como una experiencia festiva. Luego de darle vueltas a las infinitas formas que toma lo no-dicho y las suposiciones, nos supimos reír como antes, como ahora, sobre lo que pienso, lo que tú piensas, lo que no nos decimos, lo que siempre olvidamos: que volver nunca es tan sencillo y la alegría nunca tan transparente.

Pero entonces, la alegría ¿es siempre un estado que una abraza cuando ya pasó?... «Cuánto psicoanálisis pagado tirado a la basura de mi propio estereotipo», pienso mientras sonrío por dentro. Cuántas alegrías nos ha dado siempre el tan vapuleado «malentendido».

## Alegrías a tientas en un mundo en convulsión

Hace días intento escribir sobre la alegría y le doy vueltas al miedo que asoma en las calles de la ciudad. Un pavor que se nos volvió a meter en las entrañas mientras recordamos cómo era renacer del derrumbe. Luego de semanas de felicidad, me doy cuenta de que nos cuesta contarnos las alegrías, como quien pide disculpas por sentirse más o menos feliz en un mundo convulsionado y lleno de pavores. Entonces recuerdo el vozarrón de nuestra querida trava Lohana Berkins gritándoles a esos ojos que espían a nuestro deambular *mostri*\* por las calles: «Nuestra venganza es ser felices». Alegría, felicidad, ¿son tan sinónimos como parecen?

En el medio de este desconcierto vuelve a circular «Defender la alegría», un viejo poema del escritor uruguayo Mario Benedetti que se hizo canción y se convirtió en mantra de generaciones bienpensantes de este territorio. «Defenderla del caos y de las pesadillas...», una frase tan importante como trillada para esta zona del mundo que ha hecho de un poema de resistencia un imperativo de felicidad obligatoria. Contra esa promesa tan cargada de un futuro anunciado contrastamos el aquí y ahora de nuestras formas de invención, ésas que nos damos para sostener el día a día. Y así vamos, aferrándonos con y contra las pasiones tristes...

¿De qué está hecha entonces *esta* alegría? Aquella venganza alegre me gusta más que la exigencia de la felicidad vacía. Una algarabía llena de rabia, de grito, de trinchera cuerpo a cuerpo, de volver a tocarnos para recordar que en ese tacto estaba parte de nuestra risa. Volver a erizarnos cuando nos miramos y recordar el mundo que habitamos y construimos día a día, ése que nunca llega, pero que está allí, acechando detrás de una carcajada compartida. Instantes que son ahora, y siempre, nuestra alegría. ●

\* *Mostri/monstrues*, el activismo lgbt/queer/travesti lo usa en Argentina como forma de reivindicación, palabra a la que le suman la deformación de lo «mal hablado» para visibilizar y poner en valor el uso de la lengua de la clase baja, y sus formas de enunciación.

# Carta astral-festival: ¿cuáles son las alegrías de tu signo?

Equipo editorial (ellas/elles)

Queride, te traemos el horóscopo del jolgorio donde no reina el drama ni la desgracia, sólo el júbilo y el alboroto. Avisamos, nada nuevo bajo el sol, la luna y las estrellas que rigen tu existencia, pero a quién no le va a gustar un chapuzón de diversión. No habrá gozos en pozos, sólo un burbujeante acercamiento a las alegrías de los doce signos del zodiaco.

## Capricornio

Si algo te gusta mucho es imposible no darse cuenta porque está muy presente en tu vida. Efectivamente, ieres une de les liantes del grupo! Te encantan las cosas bien hechas, ser detallista y los debates interminables sobre cualquier tema, siempre que al final te den la razón, por supuesto. Estamos esperando tu próxima broma sarcástica con la que reírnos a carcajadas.

◆ Date una alegría: morrea a tu *crush*, ¡ya!

## Acuario

Eres con diferencia la persona más excéntrica y extravagante de todo el horóscopo. Te encanta darle vueltas a cómo salvar el mundo, eso sí, a tu extraña y única manera. Tienes cincuenta grupos de WhatsApp de amigos de todo tipo: desde militancia a acroyoga. El pensamiento monógamo no va contigo, la libertad es muy importante para ti. Impredecible, cambiante, sorprendes con lo inesperado.

◆ Date una alegría: comparte tu última creación artística, ¡es genial!

## Discis

Tras tu última crisis existencial vuelves dispuesto a no cometer los mismos errores. Eres capaz de

adaptarte a lo que venga, pero no te olvides de seguir tus objetivos. Te conectas de un modo muy especial con la naturaleza y es algo que te hace muy feliz. Tendrás una buena racha, géminis puede ayudarte a ver el lado brilli-brilli de tus dudas.

◆ Date una alegría: vete al monte a pasear y desconecta.

## Aries

Eres el mejor signo para irse de vacaciones y hacer planes, tu energía es irrefrenable. Aunque a tus amigos les moleste un poco que pongas el despertador todos los días a las siete de la mañana, en realidad, lo agradecen. Eres la Pétalo del grupo y contigo cada día es una aventura diligentemente provechosa.

◆ Date una alegría: propón una escapada de fin de semana a tus amigos que no puedan rechazar.

## Tauro

Por mucho que te empeñes en ocultarlo eres dure por fuera y sensible por dentro, así que, no digas que no pasa nada porque sabemos que no es así. La organización es fundamental para ti y sin ella te sientes perdido, odias las sorpresas y los sobresaltos, te sientes seguro cuando tu vida está perfectamente planificada. Cuidado con el café, ese compañero

que te acompaña en tus jornadas de trabajo interminables y que puede aumentar tu estrés.

◆ Date una alegría: come tu plato favorito mientras ves una película.

## Géminis

Adoras grabar audios interminables navegando en tu habitual dispersión y también escuchar a tus amigos contarte cada detalle de su existencia. Te gusta el chisme más que a ningún otro signo, tu naricilla está siempre lista para olfatear qué hay de nuevo a tu alrededor. Recuerda: sólo tú puedes decirte a ti mismo que tienes varias personalidades.

◆ Date una alegría: queda con ese amigo a tomar unas mimosas y contaros los últimos cotilleos.

## Cáncer

Eres el signo más romántico y familiar y se nota en cómo construyes tus relaciones, sean del tipo que sean, y eso es algo muy valioso e importante. Has descargado la nueva temporada entera de *Heartstopper* para verla con tus amigos, llorar y comer pizza. No sufras, ¡el nuevo disco de Lana del Rey está a punto de salir!

◆ Date una alegría: organiza una fiesta de pijamas.

## Leo

Siempre apareces con el mejor *outfit* y te encanta que te lo digan. Es el momento de hacerte ese corte de pelo tan atrevido y también de confesarle tu amor a tu nuevo *crush*. Sin duda alguna, es hora de que vuelques en tu ordenador todo lo que puedas de tu galería del móvil porque la tienes atestada con las fotos de los últimos meses.

◆ Date una alegría: visita ese local tan precioso que descubriste el otro día en Instagram.

## Virgo

Para sorpresa de nadie, el orden es el culmen de tu alegría, una fuente inagotable de placer a través de la que expulsas tus demonios. La ropa interior clasificada por colores en el cajón, la fruta perfectamente encajada como piezas del Tetris en el frigo, las especias dispuestas en hilera por

riguroso orden alfabético. Nada es casual, todo está bajo control si la vida es un excel vivaracho donde acoplar cada segundo de tu existencia perfeccionista.

◆ Date una alegría: cambia el armario de tu habitación por ése con las medidas exactas que necesitas.

## Libra

*No peace no party* es el lema que te define. A ti lo que te da muchísimo gustirrinín es que el conflicto brille por su ausencia y lo sabes. En cualquier situación social estás extremadamente pendiente de que todo el mundo esté bien y no haya mal rollo. Eres como ese Bisbal de rizos brillantes que aparece preguntando a voces «cómo están los máquinas, lo primero de todo». Ave María, mientras no haya que tomar decisiones ni gestionar melones, el cielo es tuyo, cariño.

◆ Date una alegría: céntrate un rato en tí mismo y ¡que se hunda el mundo mientras tanto!

## Escorpio

Comienzas una nueva etapa que te va a traer tierra, suelo, raíz. Han sido tiempos difíciles de grandes olas y temporales que casi te llevan por delante, pero, a pesar de los altos vuelos, has sabido mantenerte como el junco que se dobla pero siempre sigue en pie. Sabes qué cosas te hacen bien: escribe, lee, pasa tiempo a solas... y que tu espíritu aventurero te siga guiando por la senda adecuada, porque todo lo bueno está por llegar.

◆ Date una alegría: en compañía o a tu bola, haz ese plan que te apasiona.

## Sagitario

Vengo a decirte toda la verdad: viajar te da pereza, eres *the party queen* sólo a veces, la mayoría del tiempo preferirías estar en casa tan tranquila viendo vídeos de Tik Tok mientras el mundo sigue girando *without* drama. Ha llegado tu hora, es el momento de romper la baraja y de aliarte con los ofiucos que encuentres. Esta noche puede que conozcas a alguien que haga dar el siguiente *plot twist* a tu vida.

◆ Date una alegría: persigue tu flecha y camina hacia tu próxima aventura sin mirar atrás. 🎯



# Gracias, lo siento, te quiero

Autoría colectiva\* (ellas)

## La idea

Dándole vueltas al número surge la pregunta: ¿y por qué no un texto sobre las alegrías de la maternidad? Difícil decir que no. Difícil decir que la maternidad no trae alegrías. Las hay, sin duda, y muchas. Entonces, ¿por qué me quedo en blanco? Enseguida, dos ideas. La primera: éste no puede ser un texto individual, es una pregunta que necesita una respuesta colectiva. La segunda: el feminismo occidental se ha dedicado tanto a criticar la maternidad como institución, la maternidad idealizada, que las experiencias maternas que salen cada vez más a la luz se fijan y muestran las zonas oscuras, lo que no nos contaron. Hacía falta, mucha falta. Pero quizás también hace falta hablar de lo solas que estamos, de lo difícil que es criar sin tribu, y más aún en situaciones de precariedad. Es decir, hablar de que el problema no es la maternidad sino el capitalismo salvaje en el que criamos, que se ha cargado las pocas redes de apoyo mutuo que quedaban fuera de la familia tradicional y buscar otros maternajes, otras miradas que nos ofrezcan también un enfoque más alegre y disfrutón de la maternidad. Con estas ideas en la cabeza surge la propuesta de hacer un taller en la Trébede<sup>1</sup>. La hipótesis: otros feminismos, otras culturas, donde lo comunitario tiene más peso, no reniegan de la maternidad y saben vivirla de otra manera. Muchas veces, incluso en condiciones muy precarias.

«Mis hijos me causan el sufrimiento más exquisito que haya experimentado alguna vez. Se trata del sufrimiento de la ambivalencia: la alternativa mortal entre el resentimiento amargo y los nervios de punta, y entre la gratificación plena de la felicidad y la ternura».

Adrienne Rich

## El taller

■ **Presentación:** decimos nuestro nombre, las edades de nuestras criaturas y una o dos palabras que nos vengán a la cabeza al pensar en la maternidad. Las apuntamos todas en la pizarra. En nuestro caso, las más repetidas son *acompañamiento, valentía y fuerza*.

■ **Cuerpo, movimiento y relajación guiada:** nos estiramos y movemos libremente, caminamos, nos reconocemos mutuamente y bailamos al ritmo de la música. Luego nos tumbamos y nos relajamos conectando con nosotras mismas, con nuestras maternidades y con nuestras criaturas. Nuestro guion más o menos decía esto:

«Recorremos nuestro cuerpo mientras recorremos nuestras experiencias maternas. Esa cabeza constantemente en ebullición. Nuestros ojos y el privilegio de ver el mundo. La nariz: ¿recuerdas el olor de tus hijas e hijos cuando eran bebés? Ese cuello con tantas tensiones. Los nudos en la garganta de lo no dicho. El peso que llevamos sobre los hombros y en los brazos. La importancia de cuidarnos más. Respiramos. Inhalamos confianza, seguridad, tranquilidad. Exhalamos culpas, preocupaciones y miedos. Acariciamos nuestros vientres, nuestros michelines, nuestras cicatrices, nuestras estrías. El suelo pélvico. Disfrute y goce. Nuestras ganas, lo que nos gusta.

Pensamos en nuestros peques. Qué sentimos cuando nos cogen de la mano, cuando nos abrazan. Visualizamos su cara cuando duermen, oímos su risa cuando les hacemos cosquillas. Se parecen a nosotras y son, a la vez, tan diferentes y especiales... Repasamos sus aprendizajes, sus logros. Y nosotras al lado, acompañando. Pensamos en su vitalidad

y energía, su curiosidad y su imaginación, sus ganas de entender el mundo y de hacer. ¿Qué les hace felices? ¿Y a ti con ellos? ¿Cuáles son vuestras formas particulares de comunicaros, de expresaros amor, ternura? ¿Con qué palabras, con qué gestos? ¿Qué has aprendido en estos años de crianza? ¿Qué te hace sonreír? ¿Con qué sensaciones te quedas?».

Repartimos papel y rotuladores para escribir. Si da tiempo, se puede hacer algo bonito para colocarlo en algún lugar visible de casa y acudir a ello los días bajos.

■ **Puesta en común:** leemos nuestros sentires y los anotamos también en la pizarra. Escuchamos a las compañeras, las abrazamos, las sostenemos. Rompemos el círculo y compartimos algo de comida mientras seguimos charlando y se van sumando peques.

■ **Materiales:** pizarra, rotuladores, música, esterillas y mantitas, folios, bolis, colores...

<sup>1</sup>Un espacio feminista de Avilés en el que se reúnen varios grupos de mujeres y madres, entre ellos, uno de maternidades en general y otro específico de maternidades diversas, creado para madres de criaturas con diversidad. En ambos participan mujeres «con mundo», mujeres migrantes. Para saber más: <https://latrebede.wordpress.com/>

Oumy vive con el corazón dividido trezando la tristeza de maternar en la distancia a seis hijes (al buen cuidado de su hermana) y la alegría de tener a dos con ella aquí. Nafisa navega entre el dolor de estar lejos de su mamá enferma y sanar con la ilusión de un nuevo bebé en su vientre. Mame está nerviosa, quiere ser más independiente y busca incansable un trabajo para su futuro y el de sus peques. Anbar hace malabares para sostener sola a sus tres hijas y trabajar para conseguir sus papeles, las mayores la apoyan en el cuidado de la pequeña. Abiba hace todo lo posible por mejorar sus circunstancias y las de sus dos hijos: el mayor la ayuda mucho y también cuida del pequeño con TEA cuando ella necesita. Diojani tampoco lo tiene fácil con las necesidades especiales de su peque, pero su humor, ése que todas adoramos, es capaz de salvarla. Erika adapta su vida a la diversidad funcional de su hijo, un aprendizaje inmenso del que se siente agradecida a pesar de las dificultades. Ari siente que no llega a todo, pero no es así, saca el remango por ella misma y por sus dos peques. Mirtha ha pasado demasiadas noches en el hospital sin pegar ojo, pero nos recuerda lo bello de las pequeñas rutinas de cada día, como peinar

a su hija cada mañana o coger en brazos a su hijo. Antonella termina un máster mientras cría heroicamente a dos mellizos; con poco tiempo para relajarse, consigue el equilibrio para sentirse en paz con ella misma. Ana se encuentra en una etapa intensa con su hijo rompiéndole sus esquemas todo el tiempo (para bien) y recuerda que tiene que jugar más y preocuparse menos. Irene no puede dejar de llorar pensando en las pequeñas alegrías cotidianas que se pierde si no es capaz de parar y saborearlas...

Éstas somos nosotras. Todas miramos al futuro con esperanza cada vez que pensamos en nuestros hijos. Nos une lo que aprendemos cada día a pesar de las preocupaciones, la precariedad y el cansancio. No somos iguales. Algunas tenemos más privilegios. Y, sin embargo, entre nosotras hay complicidad, apoyo, empatía. Lo que el patriarcado no esperaba era que las madres nos juntásemos y que unidas nuestra sororidad sea tan inmensa como los kilómetros que a algunas nos separan de nuestra tierra.

Después de compartir un rato juntas nos queremos un poquito más a nosotras mismas, nos sentimos más satisfechas y orgullosas, y validamos todas esas emociones que tenemos a flor de piel. Somos más conscientes de las pequeñas alegrías cotidianas que nos regalan la maternidad y la crianza: volver a jugar, a ser niñas, reír, redescubrir el mundo, estar presentes. Y todo el amor que sentimos... Agradecemos los aprendizajes y la fuerza y valentía que sacamos para tirar p' adelante.

Qué lindo desenmarañar la madeja en Latrébede. Compartir en espacios que cuidan a las madres en una sociedad que nos descuida tanto... Son un oasis entre tanta maleza llena de juicios hacia nosotras, tanta presión que a veces nos hace estallar. Te sientes menos marciana, menos sola. Los mellizos juegan con un ovillo de lana en medio del taller. Eso es. Tejemos una tela de araña invisible pero real entre nuestras maternidades diversas. Surge de la necesidad de tribu y de acompañamiento que tiene toda madre. Si le sumamos encontrarse en otro país, lejos, muy lejos de tu red de apoyo, generar estos espacios se convierte en una necesidad tan vital como respirar. Un lugar donde poder compartir la carga, la vulnerabilidad, quitarnos las culpas de encima y mitigar las preocupaciones. Un espacio amable con madres y criaturas en el que, entonces sí, surgen las risas junto a las lágrimas. ●



\*Oumy Faye (Senegal), Mame Soukeye (Senegal), Abibatou Thior (Senegal), Nafissatou Sango (Burkina Faso), Anbar Bouhout (Marruecos), Mirtha Milagros Echevarría Velasquez (Perú), Djojani Torres Lugo (República Dominicana), Faride Erika Cuentas Cuela (Perú), Arianna Barrabé Gala (Cuba), Antonella Olivo (Italia), Ana Álvarez Virgos (Asturias), Irene Choya (Asturias). Madres de 23 criaturas vivas entre los 20 meses y los 16 años y de tres perdidas que tendrían 10, 15 y 18 años.

## Alegrías de un equipo editorial disemi- nado

La floración de una buganvilla  
El audio (podcast) de les amigas  
La terraza inundada por el sol  
Desayunar una tostada de tomate  
y un café al sol mientras leo

Que el peque me diga de repente: «te quiero, mami»

## Para leer

*Cómo ser mujer*, Caitlin Moran  
*Deja que te cuente*, Shirley Jackson  
*La mala costumbre*, Alana S. Portero  
*Lectura fácil*, Cristina Morales  
*Lo que pasa es que te quiero*, Gloria Fuertes  
*Mala feminista*, Roxane Gay  
*Militancia alegre*, Carla Bergman  
*No me acuerdo de Nada*, Nora Ephron  
*Señoras que se empotraron hace mucho*, Cristina Domenech  
*Solterona: La construcción de una vida propia*, Kate Bolick  
*Una trenza de hierba sagrada*, Robin Wall Kimmerer  
*Vozdevieja*, Elisa Victoria

## Para leer con lxs peques

*1, 2, 3... ¡Culos!*, Annika Leone  
*Las princesas que cambiaron cuentos*, Juana Torrijos  
*Los pájaros*, Germano Zullo y Albertine  
*Nirave y el mar*, Matt Myers  
*Salvaje*, Emily Hughes

## Para ver

*Antonia*, Marleen Gorris  
*Demain on déménage*, Chantal Akerman  
*Golden Eighties*, Chantal Akerman  
*Heartstopper*, Alice Oseman  
*La boda de Rosa*, Icíar Bollaín  
*Las chicas están bien*, Itsaso Arana  
*Lo que hacemos en las sombras*, Taika Waititi  
*Palm Springs*, Max Barbakow  
*Paquita Salas*, Javier Calvo y Javier Ambrossi  
*Pequeña Miss Sunshine*, Jonathan Dayton y Valerie Faris  
*Por ahora*, Malena Pichot  
*Pride*, Matthew Warchus  
*Sex Education*, Laurie Nunn  
*Sort of*, Filippo and Renuka Jeyapalan  
*Te estoy amando locamente*, Alejandro Marín  
*Todo a la vez en todas partes*, Daniel Kwan, Daniel Scheinert  
*We are lady parts*, Nida Manzoor

## Para escuchar

Playlist:



Oler la tierra mojada  
Las sonrisas de Mar y de Emma  
Los manzanos de mi pueblo en flor  
Un baño en el mar  
La casa recogida  
Conversar con desconocidas en el transporte público  
Tomar un café o una cerveza con una amiga  
El roce de mi propio pelo en la espalda

No poner el despertador  
Poder pasar días planificando sobre la marcha  
Que te cocinen  
Dormir la siesta acompañada  
Leer en voz alta a alguien a quien quieres  
Que alguien que te quiere te lea en voz alta  
Bucear y sentir la inmensidad

# Menuda payasa estás hecha

Marro (ella)

## 18 de mayo de 2023

Aún con restos de agua en la cara, escucho los primeros balbuceos del café a medio hacer y corro a la cocina. Los primeros sorbos me llevan a un pensamiento automático: «de hoy no pasa». Hago llamadas y escribo mensajes de WhatsApp a algunas tías de mi familia. Pienso en la alegría y un vago recuerdo me viene del estómago y me transporta a antes de nacer. Las consultas familiares me lo confirman: «pues hija, en diciembre ya sabes, tiempo de matanzas. Tu madre sentá en el suelo y no hacía ná má que reír con los chistes de tu tío y comer aceitunas. La decíamos, ¡Rosi, levanta de ahí hija, que vas a coger frío! Pero bueno, ella ya sabes cómo es. Así que sí, hija, trajiste mucha alegría porque después de tanto muchacho una niña era mu deseá. Adiós, hija, adiós». Cuelgo y, horas más tarde, la página del artículo está prácticamente en blanco, pero tengo el buscador repleto de pestañas y no sé muy bien cómo he acabado en ellas. Asumo la falta de inspiración y me doy por vencida.

## 26 de mayo de 2023

Ya han pasado unos días y empiezo a arrepentirme de este proceso. Es la misma sensación que ver fotos antiguas en el momento que no toca. Me

cuesta volver a conectar con la alegría y parecen volver historias íntimas conocidas aparentemente resueltas. Trago y muerdo. Con lo primero, saliva. Con lo segundo, lo que me alcance el colmillo por el interior de mi moflete. Frente a la pantalla y en silencio, me machaco unos minutos más dada la aparente inacción en el proceso de creación, pero no puedo ignorarlo y confío, algo debe nacer de este dolor que me conduzca a la alegría, ¿no? Pese a la infección de oído que acarreo hace unas semanas, cojo la mochila de la piscina. Nada fuera de lo normal, nado los 35 minutos de siempre, suficientes para volver con hambre y ponerme a escribir. Hoy parece que sí, algo va naciendo y, como si el cloro curase, empieza a encajar.

## 3 de junio de 2023

Intento no pensar en lo que apareció las semanas anteriores y, sobre todo, trabajo para que esta propuesta de escritura no se atragante en algún lugar impostor. Enciendo una vela compañera y, un poco sin pensarlo, retomo algunos deberes pendientes de las clases de clown de los lunes: «escoge un objeto cotidiano y juega con él». Juega. Juega. Juega.

Me mentalizo y despejo algunas cosas del salón. Rienda suelta a la intimidad. No hay más excusas

posibles, es hora de jugar y ya está. Absurda y desnuda de público exploro el objeto con timidez. Me noto tensa y con miedo a que alguien llegue y descubra la tontería que estoy haciendo. Exploro de frente, de perfil, lo pongo en la cabeza y corro al espejo del pasillo para ver cómo me queda. Debería escoger otro. Joder, ¡los embudos! Merche ya lo dijo, que los embudos de diferentes tamaños dan mucho juego. Son varios los problemas que me surgen y la frustración aparece. La soledad del juego y saber reconocerse imperfecta a una misma dentro de él, me trae de vuelta los relatos de la familia. No entiendo, ¿a qué viene esto? ¿Por qué así, de repente, ahora encaja el dolor? Y entonces recuerdo la frase clave de la gran payasa Macarena G. de la Vega: «la alegría no existe sin la tristeza».

## 7 de junio de 2023

Bajé al pueblo hace un par de días para quedarme una semana. Leo a Mamá los primeros párrafos del escrito desde el salón y ella me escucha desde la terraza. No nos vemos, pero nos oímos. Mamá me grita que se ha quedao con ganas de más y yo para mis adentros le respondo que también. Hoy es corto pero necesario, quiero que sepa que ella me inspira

Transformamos la reacción del público a través de contenidos que se alejen de lo fácil y discriminatorio y proponemos reírnos con criterio y fuera de lo *mainstream*.

y que con casi 30 años hay una niña que sigue queriendo demostrarle a Mamá.

## 15 de junio de 2023

Busco a Merche momentos antes de la clase para que juntas demos forma a algunas ideas que me rondan para encajar la alegría y la payasa interna y me comparte que «la alegría en la payasa está intrínseca en el momento que mira y ve todo como si fuera la primera vez, es la alegría del descubrimiento de lo que pasa, la curiosidad y, sobre todo, la apertura honesta ante el mundo». Y como si echara la vista atrás, me cuenta que es un mundo en el que las payasas nos hemos hecho hueco a base de tener que demostrar mucho más para obtener resultados menores de sueldo y reconocimiento. Referentes como Pepa Plana o Annie Fratellini, entre otras, han permitido que ahora ocupemos los escenarios y el humor desde aquello que a nosotras nos interesa contar. Y es que, cuando somos objeto de burla y violencia de un sistema heteropatriarcal y éste nos encuentra de frente, alegres y payasas algo se desmonta, incomoda y escuece. Transformamos la reacción del público a través de contenidos que se alejen de lo fácil y discriminatorio y proponemos reírnos con criterio y

Apostar por la  
alegría como opción  
de resistencia para  
permitir que sucedan  
cosas más allá de lo  
conocido.

fuera de lo *mainstream*. Eso sí, siendo conscientes de que nosotras también tenemos que revisarnos, compañeras. ¡Ding-dong! A golpe de timbre nuestra conversación entra en *pause*. El resto

de alumnes de El Rinclowncito ya van llegando a clase.

## 21 de julio de 2023

Desde que empecé a darle vueltas a la alegría ligada al mundo de las payasas hasta ahora hemos cambiado de estación. Por las noches me cuesta dormir y el agua del Mediterráneo, pobre, ya ni refresca. En los últimos tiempos, de la mano de Merche, todo está siendo un ejercicio de confianza, de preparación para poder salir de la zona de confort rompiendo barreras y defensas. Descubro no sólo una nueva disciplina artística, sino también un espacio personal donde recuperar la autenticidad, que me devuelve algo tan valioso e inaccesible como es el juego en la edad adulta. La muestra del ejercicio con el objeto me ha traído cosas muy interesantes, pero que hoy en día no sabría cómo explicar. Alguna que otra compañera me anima a dedicarle más horas convencida de que igual puede salir un solo de ahí. Y yo, vergonzosa y medio nerviosa, río por toda la previa que me llevó a esa creación. Os tengo en cuenta compañeras.

## 25 de julio de 2023

Las payasas venimos a poner de manifiesto lo absurdo, a trabajar mirando a los ojos de la gente y a compartir lo que somos sin tener la verdad absoluta en nada y desde el tú a tú. La nariz es la

máscara más pequeña del mundo, es una llave que abre puertas incluso en espacios hostiles, tales como habitaciones de hospital o territorios en conflicto. Como dice Néstor Muzo, con nuestra intervención intentamos que aquello que suceda se almacene de la manera más favorable para mitigar el trauma. Es así como las payasas construimos la complicidad con el público, desde el acercamiento más humano y sencillo incluso en aquellos lugares donde la vida no se pone fácil. Apostar por la alegría como opción de resistencia para permitir que sucedan cosas más allá de lo conocido. El humor y la alegría que llega –y nos llega– cuando miramos siempre es diferente y novedosa, pero la tranquilidad y honestidad nos aleja de ser juezas de cualquier risa o falta de ella. 🌀

*Todo esto ha sido un pacto en secreto –ahora ya no tanto– entre mi payasa y la alegría. Gracias a La Madeja por darme el tiempo para poder pararme e intentar plasmar algo que sólo acostumbraba a sentir.*



[link a rinclowncito]

# Madrid 1977

Ángeles Carnacea (ella)

*Sucede algunas veces que puedo conocer  
mejor una foto que recuerdo que otra que  
estoy viendo...*

Roland Barthes, *La cámara lúcida*

La foto iba a repetirse un año después. Una mujer y un hombre sentados junto a una mesa sostienen un cigarrillo en la mano. No fuman pero alguien les ha dicho que queda bien posar así ante la cámara. Es una noche para celebrar. La sala de fiesta está llena de gente. Gran Vía con Alcalá. En el instante que registra la foto sólo existen ellos dos. El amor y su belleza, guardados para siempre en esa imagen.

Lleva un vestido de flores con escote vertiginoso, el pelo negro recogido a un lado con una horquilla. La piel tostada. *De lo morena que era la piel parecía que le verdeaba*, dice una copla. Los ojos grandes. Y ese verde que sólo he conocido en su mirada. Mira fijamente a la cámara. Él viste la camisa que compró en el viaje de novios y la está mirando a ella.

Viene un tiempo nuevo. Lo saben. 🌀

# Sublevaciones de la tierra\*

Patricia Dopazo Gallego  
e Irene García Rocas (ellas)

## Huerta

Este julio está siendo raro, más caliente de lo normal, pero también lluvioso. Sin embargo, el prao mantiene ese color verde intenso que muestra que todo va bien. A pesar de la sequía primaveral la lluvia se ha hecho presente.

Las calabazas empiezan a aparecer pintadas de verde oscuro y pegadas a sus flores amarillo anaranjado que chupan las abejas. Algunos de los tomates poco a poco se enrojecen y maduran. Me encanta olerlos mientras tanto.

Tocar la tierra, oler la salvia, el orégano, la lavanda, usar la *fesoria* para liberar y cubrir las plantas, sentir el sol en la piel y sudar.

La huerta está rodeada de frutales que protegen con su sombra los ratos de descanso; en esos ratos me permito disfrutar del paisaje: como un balcón que deja ver bosque, *praos*, *sebes* y caminos que resisten, a pesar de la especulación y de que todo el mundo quiera vivir en un chalet rodeado de muro en el campo y de espaldas a él.

Cosechar me produce, cada año, una sensación de abundancia y de autonomía, la alegría cotidiana de sentirse sosteniendo vida.

Mientras arranco la *corrigüela* que envuelve cada una de las plantas pienso en la suerte de disfrutar de este pedazo de tierra, pienso también en todas aquellas que no tienen tierra en la que plantar, tierra a la que escuchar, tierra que cuidar.

## Alimento

Los últimos viernes de cada mes quedamos para cocinar y comer juntas en casa de Marta.

A algunas no nos emociona especialmente la cocina, pero esos días es diferente, hasta nos atrevemos a proponer variaciones en las recetas. Cuanto más elaboradas, más tarde comemos y más alargamos ese día tan esperado. Mientras pelamos, picamos, batimos, sofreímos o limpiamos, hablamos de todo; para mí es una liberación y suelo llegar con temas en la cabeza que quiero compartir con ellas, para tomar decisiones o para desahogarme. Creo que los alimentos y el proceso de elaboración hacen que las palabras me salgan de otra manera, mi atención está más alerta. Pero no todo el rato estamos hablando. Hay ratos de silencio en los que me gusta escuchar el cuchillo contra la madera o el crepitar del aceite. Y siempre hay ratos de reírnos sin parar y de aprender con Marta por qué usar tal o cual cosa y qué diría su abuela.

Ahora, cuando cocino sola, cualquier excusa hace que las recuerde: un ingrediente, un utensilio, un olor. Cada vez me gusta más cocinar. Como dice Marta, «es un juego que requiere poner los sentidos en lo que se hace, hacerse responsable y disfrutarlo».

## Comunidad

Las luces de la verbena se ven desde todo el valle y también se escucha el temazo de Shakira que está tocando la orquesta. La fiesta de mi pueblo no se parece en nada a los festivales o conciertos a los que suelo ir... aquí no hay guetos, ni personas afines, aquí nadie sabe quién es Federici o bell hooks... y, sin embargo, me siento en casa.

En los dos días de romería nos juntamos todas y compartimos espacio: las más viejas juegan al parchís y algunas van a misa, les niñas corren por el prao, les adolescentes se juntan en grupos pequeños en las zonas más oscuras, las mujeres bailan y los

hombres discuten y charlan apoyados en la barra de la carpa de la fiesta.

Yo me emborracho y bailo cualquier cosa que toca la orquesta hasta que me duelen los pies: desde pasodobles hasta C. Tangana.

La comida popular junta familias amplias en grandes mesas bajo una carpa. Me gusta observar y detener mi atención en algunas personas: está Argentina, la que vive en la fontica, a pesar de aquel ictus que casi la mata; está Remedios, la de la quintana, tan pija y emperifollada como siempre; también vino Amparo con sus nietas, las que viven en los estates; aquella del pelo rosa es la biznieta de América, dice mi madre que se hizo vegana y por eso no come cordero; y el señor de sombrero sentado al final del todo es el novio del hijo de Luisa, por fin se animó a venir.

## Territorio

En las reuniones alguien había dicho que si resistíamos el primer día hasta las siete habría pasado lo más difícil. Ya eran más de las ocho y el sol se iba apagando.

Cuando acabamos de atender a la prensa, miré a mi alrededor. Las tiendas de campaña se habían reproducido, había 20 o 30, más la carpa principal, enorme, que nos había cedido el del negocio de compraventa de coches. Pancartas por todas partes y grupos aquí y allá preparando más para poner al día siguiente por el pueblo, por la carretera. «No al capitalismo energético», «El secano que cuidaron nuestrxs abuelxs seguirá alimentando al pueblo», «La electricidad no se come, la tierra no se vende».

Un grupo preparaba el espacio para cenar. Las panaderías habían traído dulces, pan y todo tipo de cocas saladas; la bodega, garrafas de vino y de aceite y no paraban de llegar familias con cajas de productos de las huertas y las primeras uvas. Muchas venían con su cena en táperes y con neveras y sillas plegables, para acompañarnos a la fresca. Se

Mientras arranco la *corrigüela* que envuelve cada una de las plantas pienso en la suerte de disfrutar de este pedazo de tierra, pienso también en todas aquellas que no tienen tierra en la que plantar, tierra a la que escuchar, tierra que cuidar.

juntó mucha gente aquella primera noche, domingo. Las máquinas y la caseta de la empresa fotovoltaica —cubierta de un mural que se había hecho por la mañana— estaban totalmente integradas en nuestro asentamiento.

Fue en la sobremesa cuando el alboroto de les niñas que jugaban por todas partes interrumpió las tertulias. Nunca olvidaré esa imagen. La banda de música del pueblo al completo cruzaba el oscuro descampado con las camisetas blancas de gala, tocando sus vientos y percusiones relucientes y acompañando con sus pasos esa vibración que todas allí conocíamos desde pequeñas: lo excepcional, la alegría, la fiesta. Las mujeres mayores se levantaron de sus sillas, bailaron. Bailamos todas una pieza tras otra, entre consignas que nos recordaban por qué estábamos allí. Brindamos por la tierra. Hay vídeos subidos en las redes. A nosotras ese momento nos permitió soltar la tensión, llorar, abrazarnos.

¿Pararíamos la macroplanta solar? No lo podíamos saber, pero en unas horas habíamos conseguido lo que no estaba en el papel: fortalecer los vínculos de todo un pueblo y crear un espacio de resistencia y alegría en torno a la defensa de nuestra tierra fértil. Y eso nadie lo podría borrar de nuestra memoria colectiva. 🌱

\* Soulèvements de la Terre, movimiento francés por la defensa del territorio.

# Verde espe- ranza

Lu Fanjul (ella)

Hasta hace bien poco, para mí, la esperanza no era verde, se apellidaba Aguirre. Un poquito de esperanza, decía una amiga en redes sociales. Vale, sólo un poco, contestaba yo colgando una foto recortada de la señora condesa en la que únicamente se veía su pérfida sonrisa. De Esperanza, sólo un poco. Lo justo para no morir del asco.

Y así tiraba, con la esperanza justa, el ánimo bajo y el humor corrosivo. Porque esperanza se apellidaba Aguirre y verde es el color del dinero y del nuevo partido fascista de moda. Entonces vino la muerte y demostró todas las sorpresas que te puede dar la vida.

La esperanza tiene algo de fe, no necesita cimientos sólidos, bases teóricas, marcos epistemológicos ni argumentario político. Si careces de ella es difícil encontrarla, no atiende a razones. Y, siendo realistas, parecen escasos los motivos para mantenerla hoy en día, por mucho que sea lo último que se pierde.

¿Cómo escribir sobre la alegría y la esperanza sin que esto suene ñoño? ¿Sin visualizarlas como un par de niñas ricas jugando a ser hippies, con sus ideas naif y su mundo en rosa, en el que no caben la inflación, la subida del alquiler ni el precio de la gasolina...? ¿Sin que den tanto asco como Aguirre, así, de entrada?

Es un malabarismo complejo. Mis amigas no acaban de creerse que ahora tengo fe en la humanidad, como si el ser humano fuese un género ajeno a ellas. Me van a perdonar ese puñado de señoras punkis, llenas de cargas familiares, de pobreza disfrazada de precariedad, de vidas al límite... pero las tengo engañadas. Cuando vino la muerte y nos dio la gran hostia, ellas hicieron piña y fueron sostén, coraza, puente y todas esas cosas sobre las que ya escribí en el número sobre *Duelos*. Pusieron los cuidados en el centro y ayudaron a volver a la esperanza. Y yo las intento engañar, porque soy mala mala mala. Y les digo que la recobré leyendo.

Lo cierto es que hubo dos libros (con tal de no hablar directamente de la alegría, convierto esto en una reseña bibliográfica). El primero en llegar fue *La red oculta de la vida*<sup>1</sup>, un tratado de la vida fúngica en el que descubrí dos cosas inesperadas. La primera es que hay microorganismos en nuestro interior que no podrían vivir sin nosotras. Pero es que nosotras tampoco podríamos vivir sin ellos. Soy el universo de todos los microseres que me habitan y sin ellos yo estaría muerta. Así que toda idea de individualidad queda automáticamente anulada. Este cuerpo es un colectivo.

La otra es que los hongos son capaces de tomar decisiones y de alterar todo el ecosistema terrestre. Y el que una forma de vida que carece de un cerebro estructurado tal y como lo reconocemos, tenga este poder, me fascina. Sueño con un futuro utópico en el que las redes de apoyo se expanden cual micelio y logran devorar la distopía capitalista y convertir toda su mierda en abono para el mundo que viene.

<sup>1</sup> SHELDRAKE, Merlin (2020) *La red oculta de la vida. Cómo los hongos condicionan nuestro mundo, nuestra forma de pensar y nuestro futuro*, Barcelona, GeoPlaneta.

Sueño con un futuro utópico en el que las redes de apoyo se expanden cual micelio y logran devorar la distopía capitalista.

<sup>2</sup> KIMMERER, Robin Wall (2021) *Una trenza de hierba sagrada. Saber indígena, conocimiento científico y las enseñanzas de las plantas*, Madrid, Capitán Swing.

El segundo libro que llegó a mis manos fue *Una trenza de hierba sagrada*<sup>2</sup>. En él se entremezclan conocimientos científicos con sabiduría ancestral; se habla de culturas antiguas, pero no tanto, que mantienen otro vínculo con la naturaleza, que entienden que la especie humana, pese a ser la causante de este desastre que asola el mundo, tiene la capacidad y la consciencia necesarias para poner en el centro la vida.

Así que les digo a mis amigas que recobré la esperanza leyendo estas cosas, pero eso no es verdad, o sólo a medias. Les hablo de la trenza y del verdor que me rodea y alguna se queja de que, por mucha gana que le ponga, el verde sólo no basta. Y, como ellas no son bobas, no se creen nada. Malditas cuarentonas politizadas...

Pues ahora os jodéis todas, porque hay alegría y esperanza y es culpa vuestra, ¡perras! Porque todos los días, todos todos absolutamente todos los días, contengo la respiración ante el verde ondulante de la hierba alta, ante las infinitas tonalidades de las hojas del roble, ante los mil matices que la luz del sol es capaz de dibujar en las plantas. Y algo dentro de mí se maravilla con esa explosión de belleza y vida, y vibra al ritmo al que se mecen las copas. Cómo si no iba yo a saber valorar este verde, que siempre estuvo ahí alimentando al mundo, sin esta jauría de lobas siendo ejemplo, demostrando que el ser humano es mucho más que destrucción y capitalismo salvaje. Que lo que mejor sabemos hacer es cuidar y dar apoyo. Que una sola no hace nada, que hace falta ser manada, que en nosotras está la base de otro mundo posible. ¿Cómo sin ellas tejiendo redes e impulsando la vida?

<sup>3</sup> *Ibidem*. Claramente, no se miran al espejo, no son conscientes de que «ni siquiera un mundo herido deja de alimentarnos. Ni siquiera un mundo herido deja de sostenernos, de darnos momentos de asombro y felicidad»<sup>3</sup>. Y es que nosotras, con todas nuestras heridas, somos ese mundo.

Nosotras,  
que saltamos cuando alguna se queda sin casa, pierde a un ser querido,  
necesita una mano en el trabajo, se encuentra con la enfermedad...  
que cogemos impulso para cubrir comidas, cuidados, labores...  
que conectamos con las penas y las alegrías de las otras como si fuesen  
nuestras y, cuando la red funciona, la sentimos vibrar.  
Nosotras, queridas, somos el verde, la alegría y la esperanza. 🍄





Y por eso, si pudiera elegir el olor de este texto, quisiera esencia a romero tras el rocío de la madrugada. O el aroma a las migas que hacía mi abuelo. O esa fragancia capaz de infiltrarse en mis papilas olfativas llevándome justo a ese recuerdo.

Cuando me veas llorar  
no me quites el pañuelo  
que mis penitas son grandes  
y llorando me consuelo.

Si mi corazón tuviera  
vidrieritas de cristal  
te asomaras y lo vieras  
gotas de sangre llorar.

No sé qué tiene  
la hierbabuena  
que tanto huele.

Cada vez que miro el sitio  
donde te solía hablar  
comienza mi corazón  
gotas de sangre a llorar.

● (Los chiquitos de Algeciras-Alegrías de Cádiz)

En un lugar que a veces sí, es éste, la alegría llega a un cuerpo capaz de desear y ser deseado. Llega cuando se van el castigo, la prohibición y la censura.

A veces llega y me recorre las entrañas cuando observo a mi madre y a mi padre reír y bailar; cuando el gato decide que hoy sí, que hoy duerme conmigo; cuando no trabajo; cuando vislumbro una seta a la vera de un camino; con los encuentros y los reencuentros.

Sin embargo, me pregunto desde dónde llega esa alegría y a qué cuerpos. Qué forma toma dependiendo del espacio, del momento, del contexto. A quiénes intentan robársela. Con quiénes lo consiguen. A quiénes nos obligan a sentirla en condiciones asfixiantes con la mentira del progreso. A quiénes se les culpa por no sentirla en esas mismas condiciones.

Me pregunto, también, cómo atesorarla cuando llega a este cuerpo. Cómo hacer para que no se me escurra entre los dedos como precio a pagar por la consciencia. Y me pregunto, también, si puede haber alegría en el dolor, en la enfermedad, en la pérdida. Si debería dejar de pensar desde el marco de lo binario para ser capaz de ver que la alegría y la pena son dos caras de una misma moneda.

Hablemos con cuidado del clima, no banalicemos el «buen tiempo», seamos conscientes de que nuestra forma de vida depende siempre de los entornos rurales y sus personas. Una mala cosecha no sólo sube el precio de los alimentos, también alimenta la ansiedad climática de la gente que vive de ello. Vivir en el campo también duele.

● (Eneko Lekumberri, junio 2023)

En un lugar que ya sí, es éste, la alegría llega a un cuerpo que, ya sí, es el mío, con la lluvia necesaria para que la vida, allá donde tenga que surgir, surja, se cuide y perdure. 🌧️

# La alegría y el DCA\*

Eugenia Monroy García (ella)  
Ana García Díaz (ella)

## 1. Antes

Desde hace meses vives en una intensa y alborotada alegría, que brota natural y a borbotones, contagiando hasta el agotamiento todos los rincones de la casa, metiéndose en el cuerpo de las niñas y de las amigas que volvemos a peregrinar por tu terraza. Es una alegría de neveras vacías y niños sin peinar, de cuerpos contentos bajo la lluvia, de noches en vela, de trabajo extenuante, de fiestas de fin de curso, de cuarenta cumpleaños. Una fuerza que arrasa la calma y que me da refugio en este último año en que *mi* alegría parece a veces perdida, estancada en las fotos en blanco y negro de la infancia cuando éramos pequeñas, vestíamos el torso al aire, el pelo salvaje nos cubría los ojos y mostrábamos las marcas de aventura en las rodillas.

### 2.1. La noche más alegre del año

Hoy hace un mes que nos toca poner la alegría encima de la mesa y esta noche más que nunca: es noche de Reyes. He tomado un bus y he venido a verte. No recuerdo cómo ha sido el camino, pero imagino que el cielo está gris, que me duele la espalda, que hace frío y titubea la lluvia. Ha venido Quique a recogerme. Nos hacemos los alegres y tomamos *kas naranja* en este Bilbao moderno y navideño. Se marcha rápido porque yo vengo a cubrirlo y hay cabalgata: hay que vivir y arañar la alegría de todos los rincones y estamos todas esforzándonos muchísimo por eso. En Madrid, parte de esta extraña tropa que has juntado desde tu accidente se encarga también de que tus niñas vayan, emocionadas, a la cabalgata. En la mochila llevo regalos que Ruán y yo hemos comprado para dejar esta noche en el hospital. Les niñas, pienso, obligan al ritual y el ritual obliga a la alegría.

Entro en la habitación y hay fotos colgadas en el muro. *Es importante*. Yo también traigo mi montoncito y las coloco. Las mías —que son nuestras— son demasiado pequeñas y no las podrás ver desde la cama. Son un poco ridículas, me parece, estas fotos mínimas de amigas impresas en el último momento. Duermes. Tu padre y yo nos abrazamos y me quedo a tu lado mirándote dormir. Se me hace rara y eterna esta soledad compartida. Entreabres los ojos y sonríes. El hospital es un mundo de cosas pequeñas que, sin embargo, son tan grandes.

Pongo una lista de reproducción con canciones que hemos ido añadiendo entre todas. *Es importante*. Al salir cojo el teléfono y cuento: de ti cantando, hablando

\* Daño Cerebral Adquirido.

por primera vez desde hace un mes, diciéndome sí o no según te gustase más o menos la canción. Haciendo gestos para explicarme que a ti sí, a ti sí te gusta esta canción tan hortera de Mecano que alguien ha colgado en esta lista. Hay cosas que es que me niego, Eu, te lo juro. Y tú, te partes de risa.

## 2.2 La noche que supe que Letizia Sabater daba conciertos

Nos hemos reunido alrededor de tu cama y estamos las cuatro con la boca abierta. Hace unas noches estuvimos sin dormir mendigando un medicamento con aspecto de zombis tristes por los pasillos y hoy, cuando he llegado, estabas vestida, te has puesto las zapatillas y me has preguntado «¿nos fumamos un piti?». Hemos bajado a la calle, de esta noche sí que creo que te acuerdas, y me has explicado alegre, emocionada y unas cientocuarentayochoveces: «¡estoy viva!». Te piden fuego unas señoras que no se dan cuenta de que sales directa de la planta de gente que está rematadamente mal porque un gorro hippie de colores te cubre la brecha. Esa noche hablas sin parar y cuentas historias que nos hacen reír tan alto que creo que nos van a echar del hospital. A las 23h aparece una enfermera que se llama Leticia que se contagia de nuestra felicidad delirante. Al rato, muy seria, dices: «me tenéis que perdonar, pero no he comprado birras». Y estallamos las cuatro en carcajadas.

## 2.3 Verano 2023

[El duelo de la identidad. El duelo tiene unas fases, avanza y retrocede, va y viene, no es lineal. También persiste, remite... se mitiga, desaparece...]

...



### 7 deaths...

[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:MarinaAbramovi%C4%87\\_%E2%80%93\\_7\\_Deaths\\_of\\_Maria\\_Callas\\_Munich\\_2020\\_Color-Carbon-Transfer\\_1-2.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:MarinaAbramovi%C4%87_%E2%80%93_7_Deaths_of_Maria_Callas_Munich_2020_Color-Carbon-Transfer_1-2.jpg)

De repente, el cuerpo no funciona bien. Nada alrededor pertenece a su sitio.

La alegría nos hace por vivir. Esa suerte tenemos. Y es otra esta vida que está por vivir. Lo que llaman milagro, reencarnación, lotería.

<sup>1</sup>FREIJO, Aurora (2023) *Cuerpo vítreo*, Anagrama, Barcelona.

Lo repiensa «incesantemente, en este caos que es ahora su cerebro, para encontrar el milímetro del tiempo en el que sucedió el terror. Madrugada. De repente, el cuerpo no funciona bien. Nada alrededor pertenece a su sitio»<sup>1</sup>.

Tanta grieta que abisma la parte interior muerta. Muerta por un terremoto.

Meses después, la conciencia va llegando «por las baldosas amarillas». Paso a paso, arropa el trauma al ir tejiendo su tela.

[...]

Dentro de todo el cuerpo está el fruto de la nuez. Todo entero, dentro, es. Cómo está. Qué peso le das.

El eje, de color arcoíris, inunda el cuerpo, el fruto, de arriba abajo. Y cuando burbujea es la alegría, que la inunda entera, en cuanto **SUJETO** arropa, reconoce.

—Bienvenida, nuez. Estás dolida, confusa. Yo te mimo. «Ahora que estamos juntas, está todo bien»<sup>2</sup>.

<sup>2</sup>MOUAWAD, Wadji (2011). *Incendios*, KRK, Oviedo.

Una y otra vez, el fruto se contagia; eso cura. Es inesperado. Tontunas, humor negro... En cuanto **SUJETO** está abierta, llega en ocasiones la risa floja: un ataque mientras el que no se puede hablar; sólo agarrarse la tripa e inclinarse. Cuando termina, ya se puede explicar. Y le vuelve a dar la risa. Hay personas entonces que se contagian. Otras, no saben qué hacer. Así sucedió hace unos días. Tras casi tropezarse, **SUJETO** «Uuuh, tropezarnos no, ¡que otra vez viene a recogernos una espátula!». Y le entró la carcajada. Las dos terapeutas presentes se quedaron ojipláticas, congeladas. Hay a quienes el humor negro les echa para atrás.

«Hay que hacer por vivir», dijo una molt àvia.

La alegría nos hace por vivir. Esa suerte tenemos. Y es otra esta vida que está por vivir. Lo que llaman milagro, reencarnación, lotería.

Fénix sería si aquel renació otro, porque, en este caso, la nueva vida la vive un ser diferente. A la par, este ser hereda mucho del anterior: su cuerpo. Sus errores. Su aprendizaje. El fruto de la nuez.

Heredar la alegría es el toque por vivir. ●

# Donde hay pe- los hay alegría

Anahí C. Sandoval e Inés  
Herrero Riesgo (ellas/elles)

Llegué. Contra todo pronóstico, pero llegué, de la cuneta al sofá en un pispás. Dolor, desconfianza, dependencia, inmovilidad... ¿caricias? Una cirugía pendiente y muchas dudas por desvelar.

Yo no confiaba mucho en ellas, aunque parecían buenas ¿humanas? Mientras lo averiguaba, el resto de animalas cuadrúpedas me ayudaron a sentirme más seguro. Las noches de insomnio por el dolor, y las drogas, fueron nuestro particular punto de partida. Yo no podía caminar, así que, inmovilidad mediante, me resigné a confiar.

Al principio, mi gran herida visible escondía las invisibles, pero, paradójicamente, mientras sanaba la primera florecían las demás: ese terrorífico camión de la basura acechando tras cualquier esquina, esos petardos tirando petardos a deshora, autobuses que no sabes si frenan o chillan, tranvías con timbre, bocinas con camión, fuegos artificiales atacando al cielo, voces, gritos, gente, gente y más gente. Por si fuera poco, mis aires provincianos llegaron a *la capi*, y ellas, en su intento de que todo fuera «sobre ruedas» se pasaron de frenada (y de literalidad): un carrito de bebé humane metamorfoseado con una caja de melones *bollo* hizo de las suyas y, de esta guisa, me llevaron a recorrer las calles de mi ciudad de acogida.

Yo aún no tenía ni nombre ni libertad de movimiento, pero ya tenía una cama en cada habitación del que sería mi ¿hogar?, alfombras por todas partes para no resbalar, juguetes con diferentes texturas y premios (de consolación...).

Tras infinitas disertaciones llegó mi nombre: Hiru. Creyeron ponerme un nombre moderno y vasco, *tó guapo*, pero resultó ser el «Toby» de Euskal Herria. No os preocupéis, ellas siguen pensando que soy «la luz de antes del atardecer».

Cuando me conocieron, les preocupaba mi cojera (capacitistas...), y es que estaba por llegar la primera lección: eso, queridas, a las animalas no humanas nos la repampinfla, porque, aunque la vista no sea nuestro mejor sentido, sabemos ver más allá.

Resultó que soy mucho más que mis heridas y mis miedos: soy un maestro del juego, experto en quiebras y recortes, surco ríos, charquitos, lagos y hasta mares (si no cubren y si no hay mucho oleaje). Mi trufa bicolor esconde un poder sobrenatural: puedo oler un taper abriéndose a kilómetros, y a las musarañas bajo tierra. Soy un maestro medidor del tiempo sin reloj: cuando el sol asoma por la esquinita de la ventana del salón y al mismo tiempo se escucha la puerta de la vecina abrirse con tres golpes de llave, ya sé que ya falta poco...

Tres, dos, uno... ¡Ya están aquí! Como cada día, como hace, a lo mejor, tres minutos que se fueron, pero da igual... ¡Están de vuelta! Fiestorro de bienvenida, pelillos a la alfombra, besitos por doquier, ¡hazte la muerta que yo te huelo!

Cierto es que, al principio de los tiempos, yo no entendía su interés en pasar su mano por mi lomo una y otra vez, y hoy en día no sólo sé que a eso se le llama *caricias*, sino que me flipan y hasta me pongo un poco celoso si no hay para mí...



Aún me sigue dando un poco de miedo el maldito camión de la basura por las noches, por eso acudo rápido y veloz a cobijarme con ellas bajo las sábanas, y me vuelvo a dormir plácidamente mientras me hacen la cucharita. Aunque me encanta ser el tofu de nuestro singular sándwich de amor, lo cierto es que la vida en la ciudad se me hace bola. A veces, cuando estoy tranquilamente olisqueando (que es mi particular forma de leer el periódico y enterarme de las novedades perrunas del barrio: quién ha pasado por aquí, hace cuánto, si hay peñita nueva...), y alguien enfadado grita y vocifera, me arrebató «mi momento» y me recuerda que estoy en un lugar a menudo hostil: dejo de olisquear, mi colita desaparece, bostezo, me sacudo el estrés, y me niego a seguir caminando por esa calle: ¡vámonos a otro sitio más tranquilo!

Me gusta que me escuchen, como a todes, y es que es genial sentir que puedo decir que

no, que puedo proponer cosas, plantear paseos alternativos, tomarme mi tiempo, hablar en silencio...

Ellas, mis bolleras de confianza, hablan con palabras y con sus cuerpos, y yo sólo con mi cuerpo. A veces tenemos arduas negociaciones, en ocasiones me toca ceder, pero otras, otras ceden ellas... Aunque siempre ganamos todas.

Así que sí, se podría decir que soy co-autor de un particular diccionario sin palabras, co-inventor de un lenguaje común y único. Y sí, lo confieso, soy el responsable de hacerlas a ellas cada día un poco más perras, de recordarles lo que de verdad importa, de traerlas al aquí y ahora. De construir un hogar hecho de ladridos, con cimientos de amapola, un lugar donde hay espacio para todes, una casa redonda donde no hay que barrer y donde ellas siempre, siempre, pierden jugando al escondite. 🐾

# De euforias adolescentes y adolescencias en reparación

Pal Gallego (ella)

Si pienso en la adolescencia y en cómo nos la han vendido, me sale una metáfora un poco facilona que me hace pensarla como la NRE (Energía de la Nueva Relación) del ciclo vital de una persona. Es decir, un periodo de nuestra vida en el que no hay preocupaciones, vivimos casi en una ensoñación constante y tenemos que descubrirlo absolutamente todo. Tenemos los sentimientos a flor de piel, tenemos que explorar nuestras primeras veces, tenemos que enamorarnos, elegir a qué queremos dedicarnos para siempre (es fuerte esto), descubrir casi quiénes somos.

Lo que no nos dijeron es que no hay una única experiencia válida y que lo que nos habían presentado como válido eran las adolescencias cisheteronormativas, rígidas, que son un prelude para el resto del supuesto ciclo vital: estudiar, para luego trabajar en lo que siempre te ha gustado, casarte, tener hijos, blablablá.

La primera vez que hice *Drag King*, sentí que una parte de mí que siempre había estado encerrada por fin se descubría, y la llave que la había abierto era algo que había rechazado durante toda mi

*Abrió el bote de rímel con miedo pero con firmeza. Notó cómo el cepillo negro acariciaba mi piel mientras dibujaba una forma irregular en la parte superior de mi boca. Supongo que esto es lo que siente cualquier persona con barba la primera vez que se afeita, pero, al contrario: un cosquilleo, los nervios que preceden a sentir algo grande, los segundos de calma antes de que estalle la euforia.*

*Tiene gracia, era la primera vez que me hacía una barba pero sentí que ya lo había hecho antes. Era incluso mejor que la barba más perfecta con la que me había encontrado en los incontables tutoriales de Youtube a los que había vuelto durante meses atrás, soñando con este momento.*

*Canet d'en Berenguer, Halloween 2022*

adolescencia: el cepillo del rímel y un pincel de sombra de ojos.

La primera vez que me hice una barba sentí que me abría en canal, y de esa vulnerabilidad salió la euforia de género que a veces me resulta tan difícil de verbalizar. La primera vez que me hice esa barba, rodeada de amigos, me sentía como en esa ensoñación que te da descubrirte por primera vez como verdaderamente eres y que quieres que todo el mundo se dé cuenta. La risilla tonta e inaguantable de saber que este momento, aunque lo estés viviendo con más gente, también es exclusivamente tuyo.

Las personas queer muchas veces experimentamos lo que se llama adolescencia tardía o robada, es decir, que muchas de las experiencias que vivimos ya en nuestra juventud y en una etapa de mayor «madurez» son las que habrían vivido las personas cishetero en su adolescencia: sentirte a gusto con tu identidad, ponerle palabras a lo que eres, vivir tu sexualidad y tu identidad sin miedo y poder explorarlas libres de prejuicios o sentir que no te tienes que esconder, rodearte de un grupo de

La primera vez que me hice una barba sentí que me abría en canal, y de esa

vulnerabilidad salió la euforia de género que a veces me resulta tan difícil de verbalizar.

iguales, compartir experiencias y momentos vitales. Sentir tu cuerpo como hogar.

Mi adolescencia tardía empezó en la pandemia. En ese momento salí del armario bi y enebé\* y todo empezó a cambiar. De repente un entorno sin juicios, muchas preguntas a veces sin respuesta y darme espacio para explorar. Y también, de la nada, muchísimos amigos sintiendo lo mismo. Que por fin tenían, teníamos, un lugar desde el que expresarnos sin la mirada ajena cisheteronormativa.

Por eso son tan importantes los referentes. Porque si nunca has visto una persona queer viviendo su vida sin pedir perdón y sin miedo, es casi imposible que tú puedas proyectarte ahí. Si nunca has visto a una persona gorda mostrar su cuerpo sin avergonzarse y empoderándose en ello, seguramente no te visualizarás yendo a la playa de excursión sin sentir rechazo. Si no hablas con otros amigos bis y te dicen que las personas bis no tienen una expresión de género concreta, probablemente nunca llegues a la conclusión: soy marimacho y soy bi. Si en tu trabajo nunca has podido expresar que te llamen por tu nombre sentido, probablemente pensarás que estás haciendo una reclamación excesiva cuando pidas un cambio de nombre.

Necesitamos saber que es posible. Necesitamos saber que somos posibles.

Si algo he aprendido de las adolescencias tardías es que tienen mucho, si no es casi todo, de colectivo.

Muchas veces, sólo eres capaz de (re)construir tu hoja de ruta desde lo común, poniendo patas arriba las estructuras. Por eso, los espacios de activismo son tan importantes, porque tienen ese potencial de sacudida y a la vez de reparación que te permite resurgir desde otros lugares a los que no podrías llegar pensando en individual.

En mi adolescencia, en la primera, tenía la costumbre de ir al pueblo en vacaciones: Navidad, Semana Santa y verano. Muchas veces, en el viaje de vuelta, notaba una bola en el estómago que no entendía de dónde venía. En la verbena siempre había que estrenar algo nuevo, pero es que yo no quería estrenar ningún vestido, quería ponerme el chaleco con capucha, los vaqueros y zapatillas anchas y el pelo hasta arriba de gomina. Os podéis imaginar el cuadro a la hora de explicarle eso a parte de mi familia. Durante esos viajes de vuelta yo me empeñaba en intentar desenmarañar la bola, pero hasta que no compartí con amigos la sensación de aislamiento no noté cómo el nudo se iba deshaciendo. No había nada malo en mí por no vivir X experiencias. En realidad, lo terrorífico está en cómo ciertos entornos frenan la construcción de adolescencias libres y sanadoras.

Por eso, me quedo con los espacios que acompañan esas segundas adolescencias, aquellos desde los que expresar vulnerabilidad y compartirla, desde los que dejarnos ser, desde los que hacer en el ensayo-error. Aquellos que son como un abrazo y que representan las figuras de referencia que nunca tuvimos, que nos merecemos tener y que ahora seguimos necesitando para proyectarnos en lugares que nos fueron vetados.

Despido estas líneas como las notitas que todos nos hemos enviado alguna vez en medio de clase, con el mismo cosquilleo por saber que el profesor de turno pudiese pillarte lo que ahí estaba escrito:

*Lo estamos haciendo genial. Gracias por acompañarme. Os quiero mazo, tées <3*

\* Persona no binaria.

# Alegría

## 10mg

Paula Kruse (ella)

Como cada segundo lunes del mes a las ocho y diez, recibo una llamada. Siempre me pilla desprevenida en el metro volviendo a casa después del trabajo. No tengo el número guardado, así que nunca sé quién es. A pesar de que no suelo descolgar las llamadas de números que no conozco, mi cuerpo actúa por inercia. Mi dedo autómatas se desliza por la pantalla del móvil y acepta la intromisión.

—¿Sí?

—Hola Paula, soy I., tu psiquiatra.

—Ah, sí..., es verdad.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo llevas el tratamiento?

—Pues bien, estoy muy bien. Un poco de ansiedad un par de noches este mes, pero nada grave.

—Bueno, ya sabes que es normal que tengamos ansiedad a veces, además, llevas un ritmo de vida muy agitado.

—Sí, claro, lo sé..., ya estoy acostumbrada.

—Perfecto. Entonces, ¿hablamos el lunes dentro de un mes?

—Sí, genial. Hasta dentro de un mes.

Ya está. Una llamada bastante impersonal, convertida en acontecimiento público para las personas del tercer vagón del metro, que me recuerda lo que un día hace diez años me dijeron que se llamaba «depresión».

En esas llamadas me doy cuenta de cómo he normalizado a mi alegre compañera. Tanto, que parece que ya no quiero separarme de ella. Al fin y al cabo, llevamos ya un tiempo. Es tan pequeña, redondita y le queda tan bien a mi café matutino...

Hace mucho que no hablo con mi querida Escitalopram seriamente, estamos en un punto de la relación de «mejor lo malo conocido...», y la verdad que ya huele un poco chungo. Hay veces que amenazo con dejarla y me salta con el cuento de que no puedo vivir sin ella. Yo suelo contestarle que ya no sé si es ella la que me hace estar bien o si, en realidad, lo estoy por mí misma. Porque lo cierto es que el día que empezamos no se tuvo en cuenta si yo quería estar con ella, si de verdad era necesaria para pasar una etapa jodida. Porque lo mismo no pasa nada si una está triste, que la alegría y la felicidad son como la tristeza, pasajeras.

El caso es que parece que vivimos en una sociedad que intenta esconder y tapar la tristeza de diversos



modos: mensajes de psicología positiva donde se borra lo estructural y todo se centra en lo individual, medicación sin un acompañamiento y una profundización adecuadas, planes por doquier para levantar el ánimo... Así, vamos creciendo y aprendiendo que la tristeza no es un lugar habitable, que hay que hacerla desaparecer cuanto antes y, si es posible, sin que nadie más se entere. Pero todas las emociones aparecen por algún motivo, incluso aquellas que son muy difíciles de sentir. Si no las atendemos se transformarán en otra emoción de la que nos resultará más difícil huir.

Si ese día de hace diez años en aquella consulta de urgencias fuese hoy, quizás habría debatido, aunque fuera un poco, con el médico que me recetó en unos minutos a mi compañera de desayunos durante los siguientes años. Podríamos haber hablado sobre que se puede legitimar el estar triste como se legitima el estar alegre, y que lo mismo no es necesario encasquetarte de primeras a la tipa ésta. Pero, en fin, aquí estamos.

Entonces, ¿hablamos el lunes a las ocho y diez dentro de un mes? ●

# ¡Sonríe!

Simona Frabotta (ella)

TÍTULO: ¡Sonríe!

GÉNERO: autoficción

RESUMEN: Hay días en la vida que son felices, o por lo menos es lo que se espera de ellos. Uno de estos es sin duda la defensa de una tesis doctoral, cuando se llega al final de un periplo de años y años de estudio.

Sin embargo, la protagonista de esta historia no consigue sentir alegría, por mucho que se esfuerce. A través de un diálogo interno, interrumpido por las felicitaciones de quienes la rodean, ella entrelaza, en tono tragicómico, recuerdos y reflexiones sobre las pastillas, la familia y varios síndromes imaginarios, pero no menos preocupantes, que van desvelando el sabor agrisado que caracteriza los éxitos en el mundo académico.

☺ —¡Hola! ¡Qué alegría verte!  
Ha llegado el día de la defensa de mi tesis doctoral, un día que he esperado tanto que ya no sé si existe o estoy en una realidad paralela. A mi sonrisa le cuesta salir, mi mirada no sabe en qué fijarse, tengo la cara sudada, me siento fuera de lugar en este vestido que me queda grande y me da un calor... ¡Dios, que funcione el proyector, por favor!

☺ —¡Será el día más importante de tu vida! ¿Sí?, ¿o eso era la boda?, ¿o el nacimiento de una hija? Como no he vivido nada de eso porque me he dedicado a estudiar y a ser precaria, pues tendrá que ser éste el famoso día «más importante de tu vida»... Aunque mi estrategia es quitarle hierro a los asuntos, porque si le doy importancia y luego resulta que no, no sé cómo me lo tomaría.

☺ —¡Estarás contenta de que hayas llegado a este día! ¡Enhorabuena!

Sí —dije—. Bueno, pensé, tengo el privilegio de dedicarme a algo tan sumamente prescindible... A veces al hablar de mi tesis hay, al otro lado, un silencio tan elocuente que dejo caer el argumento

y empezamos a hablar de la tesis de otra persona sobre unos glifos encontrados en Huelva que se ven con un dron...

Y, sin embargo, escribir esta tesis ha sido un trabajo monumental, un poco como atravesar a nado el océano: un día te tiras al agua hacia otro continente, a donde, con suerte, llegarás, cinco años después. Eso, si no te ahogas en el trayecto, y no vale intentar volver al sitio seguro que dejaste y del que cada vez te alejas más, porque ese sitio ya no existe. En el camino has sacrificado tantas cosas, has pensado tantas veces en dejarlo, pero eso, claro, equivale a un hundimiento. ¿Por qué no me hice profe de secundaria desde el principio? Mis amigas que lo hicieron ya tienen una casa... bueno, una hipoteca...

☺ —¡Se te ve tan feliz!  
¡Estoy tan cansada! Menos mal que me tomé unas pastillas para dormir anoche, aunque la verdad es que me han dejado rara.

¡Las pastillas! Se me ha olvidado ponerlas en los agradecimientos porque «sin ellas nada de todo esto hubiera sido posible» Habría muerto entre el síndrome de la opositora, «¡No levantes el culo de

la silla!» y «No puedes ir a ese cumpleaños si tienes una entrega al día siguiente!», y el de la impostora: «¿A quién le va importar lo que estás escribiendo?» o «¿No crearás haber escrito algo valioso? Si han publicado tu artículo es porque la revista no tenía suficientes para rellenar el número».

En mi cabeza tenía tantos ataques autoinmunes que parecía el *space invader*.

☺ —¡Tendrás una carrera prometedora!  
Sí —dije— mientras en realidad pensaba que esto no ha hecho más que empezar, la carrera académica es un agujero negro del cual no volveré a salir hasta la jubilación. Además, no hay que perderse nada: ¿No te presentas a esa beca? ¿Cómo se te ha olvidado presentar algo para esa revista/jornada/congreso/callforpaper?

Perfecto, otro síndrome para mi lista, FOMO: «miedo a perderse las cosas», que, además, no son eventos mundanos, escapadas, fiestas y playas, donde va la gente y se saca fotos para presumir de tener una vida envidiable... Sino miedo a perderse cosas aburridas y pesadas, encuentros donde no conoces a nadie y nadie se interesa por ti, porque eres el último escalón en la *terrificante* jerarquía académica.

¡Y no pierdas de vista a tus competidoras!  
Apúntate a las redes sociales especializadas para ver cuántas publicaciones tienen, habla con ellas lo suficiente para sacarles información sobre posibles convocatorias, pero tú no dejes escapar nada, ¡a ver si luego te quitan la idea/la beca/la plaza!

☺ —Es un día inolvidable, ¡estarás tan satisfecha!  
¡Por supuesto! —contesto. Pero en realidad ya me es absolutamente imposible disfrutar de nada, preocupada como estoy por el siguiente paso.

Hay que acreditarse, seguir publicando, hacer otro máster, estar en un I+D, en un grupo de investigación o dos, hacer estancias en el extranjero y colaborar en proyectos internacionales, todo eso gratis o, con suerte, con una beca que roza el salario mínimo.

O habrá que mudarse a otra ciudad, región o estado para encontrar una plaza que valga la pena. Me han dicho que en Soria buscan profesorado, porque todes les que van, en cuanto encuentran otra cosa, se marchan, igual allí me quieren porque mi currículum tampoco es que sea de los más brillantes... La verdad es que no me quiero mudar, aquí ya tengo a mis amigas, mis redes... ¿A mi perrita le gustará Soria?

☺ —¡Estará todo el mundo tan orgulloso de ti!  
Mi familia no ha podido venir porque vive lejos, mis amigas tampoco, están trabajando, pero esto no es un recital de primaria en el que buscabas en el público la reconfortante presencia de tu madre y tu padre. Entonces tampoco estaban, porque tenían que trabajar, pero no pasaba nada. Tampoco ahora pasa...

Me viene a la cabeza que de pequeña leí un cuento en el que una tigresa preparaba su fiesta de cumpleaños con extremo orgullo e ilusión, pero, conforme pasaban las horas y nadie aparecía, el animal se daba tristemente cuenta de que nadie iría al evento. No recuerdo el motivo de esa ausencia masiva, ni la reacción del animal frente a la situación, pero me acuerdo de leer el cuento y sentirme mal, algo físico y realmente profundo.

No sé qué tiene que ver esto ahora...

☺ —Venga, una foto, ponte más al centro, mira la cámara, ¡sonríe! 📷



# Cuerpe- ría sal- vaje

Flor M. Yustas, *texto* y  
Lidia Toga, *ilustración* (ellas)

Estábamos juntas en la cueva. La habíamos hecho hogar. Mientras los árboles estrangulaban sus propias hojas, nosotras atravesamos la puerta de aquella gruta que habíamos llenado de víveres y matojos para sobrevivir al invierno. Entramos exultantes de grasa y, entonces, nuestra temperatura empezó a descender. Según avanzaban las semanas, nos fuimos congelando. Una mañana, desperté y ya no estabas a mi lado. Quedaba tu cuerpo, tus órganos internos replegándose, tus células rompiéndose y haciéndose pasto para las bacterias. El sol acentuó su oblicuidad y la mínima luz que se asomaba a nuestra guarida —ahora cripta— se esfumó, sumergiéndome en la oscuridad. Bajé mi temperatura varios grados más y quedé semiinconsciente hasta que unas condiciones climatológicas más compatibles con la vida vinieran a arroparme.

En marzo desperté con un calambre en la pierna. Si no comenzaba a moverme, moriría de inanición. Hice un esfuerzo sobrehumano por movilizar cada parte de mi cuerpo y me fui arrastrando hasta la salida.

Un bofetón de primavera me sacudió en la puerta. Afuera todo había cambiado, olía a flores y capullos calientes, a pistilos dulzones atrayendo abejorros. El aire zumbaba.

Me despedí de ti en un último vistazo hacia la oscuridad y entendí que la vida también era esto: romperse y empezar de nuevo.



Y entonces las vi: ardillas, cigüeñas, tórtolas, serpientes, zorritas, garzas reales, toda clase de animales buscando comida y pareja.

Mis movimientos eran torpes tras meses de asueto, pero espabilé en cuanto una golondrina empezó a contarme chismes sobre quién se había enrollado con quién. Quiso celestinearme con las bollerías de la zona y me dejé llevar.

Empecé a relacionarme de nuevo. Sentí en mi piel sus pelajes. En mi lomo, el arañazo de sus garras. No sé si me apareé con tres, doce o quinientas. Aquello era una cuerpería salvaje, una orgía en la naturaleza. Algo en la fricción con el cuerpo moteado de una corza, me devolvió a la vida. A esa parte de mí que había muerto en la cueva.

En sus cuerpos encontré el sendero de regreso. Con el roce de su piel, una corriente alucinógena llenó mi cerebro y, como el micelio, restableció mis conexiones neuronales y me hizo más sensible a todo y más despierta. ¡Vivan las setas y los hongos del bosque que nos han cuidado durante milenios!

He vuelto a estar salvajemente viva. Quiero que siga así. Que en el encuentro con otras fieras mi naturaleza brutal se embravezca y torne selva. Que de mis células se cuelguen y chillen los monos tití. Ser capaz de encontrar una amante fiel por un día, como los insectos reconocen las especies de plantas que están libando, para chuparlas a ellas y sólo a ellas, y así lograr que se reproduzcan y siga renaciendo la flora del planeta.

Quiero conocer a la oniscidea, esa bicha que se hace bolita por miedo y que, con cariño y confianza, se vuelve a abrir. Deseo acariciar a la avestruz hasta que me muestre sus hoyuelos.



Qué cursi es decir que la primavera y el amor. Pero más tonto es callarse y no reconocer que, con tanta pasión como siento, hoy, y sólo hoy, después de diez mil orgasmos selváticos, no tengo ya ni un resquicio de ese miedo estridente que sentí pensando que ambas, allá en la cueva, íbamos a dejar la Tierra.

¿Y si el amor entre mujeres, el flujo mezclado entre nuestras piernas, fuera un antídoto natural, una especie de ungüento de as meigas contra la tristeza y la falta de esperanza en este mundo que se despedaza?

¿Y si besar a esa jineta frenase un poquito la crisis climática?

¿Y si abrazar a una jabalí parase el tratrairá de una excavadora buscando litio en una mina a cielo abierto en Cáceres?

Quiero vivir para siempre en un territorio vivo donde cada año estalle la primavera quincenera. Que llenemos de besos los bosques y las plazas. Que en el contacto nos ayudemos las unas a las otras a superar el invierno. Que plantemos árboles en la Puerta del Sol para que la osa busque la marca de las pezuñas de su pareja, y saboree así la alegría pícaro y palpitante de quien sabe que está a punto de echar un polvazo. ●

# La teoría cinética de los gases y tu mano

Ana Andújar (ella)

A ver si me explico. Esto es como aquella teoría que nos enseñaron en el insti. Para desarrollar el comportamiento de los gases ideales se toma la descripción estadística de los procesos moleculares microscópicos. Los gases ideales podrían ser ellas, que están en el escenario, que son como una luz que te deja ciega pero que no se puede dejar de mirar. ¡Ya sabes! Te hablo de Amyl Taylor, que apareció con su gorra *redneck* y su cuerpecillo minúsculo y cuando cogió el micro reventó la tierra. O Flavia «Courette» Couri, que te apunta con el mástil de la guitarra, grita hasta que se le derrite el *eyeliner* y termina los shows completamente sudada y feliz en su elegantísimo minivestido yeyé. Nosotras somos el público, *ergo*, las moléculas que forman esos gases, esa energía de la que se compone su música. Según está escrito en *Hydrodynamica*, de 1738, «esas moléculas se mueven en todas direcciones, y su impacto en una superficie causa la presión del gas que sentimos, y lo que se experimenta en forma de calor es simplemente la energía cinética de su movimiento». ¡Simplemente! Me estás diciendo que suena la música y nosotras comenzamos a bailar. Saltamos y nos movemos, quizás alguna canta o balbucea las líneas que recuerda, porque así sentimos las buenas canciones: que se escribieron sólo para nosotras. Ese calor, ese jolgorio por dentro, no es *simple*. Entonces llega el primer impacto, una contra la otra, como dos moléculas

alteradas, moléculas traslacionales y vibracionales y rotacionales, lo que viene siendo una somera hostia de puro gozo en mitad del concierto. No sabes si esa molécula lo ha hecho a propósito, pero desde luego que te ha desplazado, ha habido «fuerza potencial» y tú, como «molécula volante», has salido despedida de forma centrípeta o centrífuga al suelo de la sala. Y cuando ya piensas que el resto va a aplastarte, una mano te alcanza entre la masa de gente (esa gente que «ocupan un volumen despreciable en comparación con el volumen del envase y se consideran masas puntuales») y te levanta de nuevo, y otras personas te aúpan para que vuelvas a saltar, gritar y bailar. A partir de ahí has comprendido, te haces fuerte. Estás en el centro gravitatorio, pillar primera fila paga estos benditos peajes. El contacto va a ser duro, pero ahora tus músculos se tensan. El choque volverá, y te pillaré preparada, ahora sí: los objetos cerca de la superficie de la Tierra caerán con la misma aceleración independientemente de sus masas. Eso quiere decir que el pogo es democrático, esa melé de patadas cariñosas, empujones blandos y risas al ritmo de los guitarrazos, será igual de divertido para todes o no será. Así es, desde luego, el pogo entre mujeres y disidencias, del que mucho tienen que aprender otro tipo de pogos, violentos y machirulos como las «moléculas de los sólidos, con menos capacidad de movimiento, que sólo vibran» y rugen, y no se lo pasan bien, si no demuestran a base de codazos. Esto es amor, amor a espaldarazos, a tetas enormes volando por encima de tu cabeza y un mar de melenas casi tocando los ventiladores de techo, piernas que levantas sobre tus hombros como los capillitas en Viernes Santo, y ver esas sonrisas, de las que tanto nos privan, pasar fugaces entre nuestras miradas, pintalabios a lo Joker y ojos brillantes. Así que, simplemente, isimplemente! no es sólo calor. Es la teoría cinética de los gases y tu mano, amiga. ●



# Cinco alegrías de película: *Te estoy amando locamente*

Greca (ella /elle)

Principios de julio de 2023. Con el cogote todavía sudoroso, agradecemos el aire acondicionado de la sala de cine. Se apagan las luces. Algunas personas conocidas y otras tantas desconocidas. Un roce inesperado entre codos de butaca a butaca, un último carraspeo, un cuchicheo final antes de que la pantalla nos ilumine. Por delante, 107 minutos de metraje. Un viaje de memoria disidente hecha emociones, una cronología que se hace genealogía, una falsa linealidad que explota en complejidad y matices.

*Te estoy amando locamente* provoca muchas cosas al mismo tiempo. Volvemos de esta regresión a 1977 con una sensación similar a la de cualquier vuelta a casa tras una experiencia emocionante. Con la cabeza apoyada en la ventana mientras el paisaje se hace metamorfosis y una espesura agrídulce que nos agrieta la garganta. La cinta nos encoge en el asiento, nos enciende de ira, nos hace sonreír, derramar lágrimas de orgullo, sentirnos divinas con nuestras plumas y combativas en las calles.

No siempre se llora de pena ni se ríe de alegría. Las emociones no son una sucesión de estados estancos, sino un cóctel molotov que nos atraviesa, nos desplaza y nos relaciona con el resto. Cuando termina la película, algo ha cambiado en nosotres y en el público ajeno que nos rodea. Queda un regusto ambivalente donde convive la dureza de la historia que se cuenta con el poderío de la resistencia desde lo colectivo. Por ello, aunque pueda ser limitante

resumir en la palabra *alegría* lo que esta obra transmite, nos permitimos esta licencia para traerlos cinco motivos de celebración que nos regala este largometraje (¡sin hacer demasiado spoiler!).

## 1. Purpurina y pompón riman con revolución

La película es un zasca maravilloso para todas aquellas personas que consideran que mamarrachismo y militancia son como el agua y el aceite. Para quienes todavía reniegan de estas «mariconadas» cuando se habla de política o consideran que el verdadero activismo es el de las barricadas, ¡sorpresa! La trama nos demuestra cómo en este universo de finales de los setenta, al igual que ahora, no es incompatible ser una diva de lentejuelas con dejarse la piel en la acción directa.

## 2. Redes y refugios

Algunos personajes de esta historia sufren el rechazo de sus familias por sus identidades. En una época donde todavía estaba vigente la Ley de Peligrosidad Social, que también perseguía a disidentes sexuales y de género, la «familia elegida» era un sinónimo de supervivencia. Como expone @monogamaloserastu en uno de sus posts de Instagram, la cinta «es una oda radical al amor y a

las redes de apoyo queers», algo que se consigue «sin que ninguna historia de amor romántico de pareja protagonice el filme». Aunque desde otra época y sin esta legislación presente, la potencia de estos vínculos como sostén y hogar también resuena en nuestras vivencias.

## 3. Mamá, ¿te vienes al cine?

De la familia elegida pasamos a la que nos toca con una propuesta: «¿vemos esta peli?». Porque la auténtica protagonista de esta historia es el personaje de Reme, la madre cuya evolución y aprendizajes acompañamos durante la trama. Es aquí donde, si hemos vivido una o múltiples salidas del armario en el contexto familiar, conectamos con ese momento, con sus luces y sus sombras. Por desgracia, el desenlace en muchos casos no es feliz, pero es cierto que para algunos de nosotres ver esta película en familia ha representado una reparación simbólica donde, aunque no mediaran las palabras, las imágenes y la emoción compartida resolvían parte de los silencios anteriores.

## 4. Libertâh sexuâh, una consigna con acento

*Te estoy amando locamente* no sólo nos acerca a la memoria histórica del colectivo LGTBI+ en el Estado español, sino también a algunos de sus escenarios menos habituales, como la Sevilla posfranquista en la que se desarrolla. En esta búsqueda de referentes, lo primero que nos llega viene de territorios lejanos, como la revuelta de Stonewall, o de ciudades grandes, como Barcelona o Madrid. Por eso, @matemaricas aplaude la cinta en su Instagram al sostener que le hubiera gustado

«haber escuchado *muerte al cisheteropatriarcado* con mi acento, con mis palabras y oliendo a mar de Alborán». Parece que el espejo en el que anhelábamos reflejarnos estaba más próximo de lo que pensábamos.

## 5. La pantalla como estallido

Aunque han pasado varias décadas, es inevitable entregarse a los paralelismos entre el ayer y el hoy a través del film. En un contexto actual de censura de obras como *Orlando* o de retirada de libros LGTBI+ de las bibliotecas, la presencia de creaciones culturales como *Te estoy amando locamente* se convierte en un acto político imprescindible. La película se acerca al público desde una ficción basada en hechos reales, en nuestras historias y nuestras heridas. Dibuja un escenario pedagógico que impacta de una manera particular en cada cual, pero que confluye en un mensaje claro: no pasarán.



«Las cosas están cambiando, pero no han cambiado todavía». Nos lo dice la peli y nos lo escupe también la actualidad. Todavía hay Rubiales, todavía nos agreden, todavía hay armarios que pesan y vidas que no se lloran. Y, al mismo tiempo, suena «yo no soy ésa que tú te imaginas, una señorita tranquila y sencilla», y la letra de Mari Trini muta a primera persona del plural. Porque fuimos y somos, con alegría rabiosa y ternura radical, pisando el asfalto con tacón, con silla de ruedas, con testo en inyección, con acento, con pluma, con locura, con un cuerpo desbordante que sigue la estela de brilli brilli que otros dejaron años atrás. 🌟

# El flamenco, la alegría como resistencia

Pastora Filigrana (ella)

Un texto sobre flamenco en una publicación dedicada a la alegría puede resultar sorprendente, ya que es la expresión artística por antonomasia del dolor humano. La pérdida, el desamor, la enfermedad y la muerte suelen estar presentes en la mayoría de sus letras. El *ay* y el *quejío* son intrínsecos a la expresión flamenca. Sin embargo, a la misma vez, el flamenco está lleno de mensajes de reivindicación de pequeñas alegrías cotidianas, de resistencia a la desesperanza y de irreverencia ante el orden impuesto. En la expresión flamenca podemos encontrar un ejemplo claro de la alegría como desafío a la adversidad expresada a través del cuerpo, el ritmo, las miradas y las letras. Por la limitación que supone el lenguaje escrito, me centraré en algunas letras de los cantes para ejemplificar esta alegría en resistencia.

*Tengo pena y alegría  
tengo dos males a un tiempo  
cuando la pena me mata  
la alegría me da aliento.*

TANGOS BENI DE CÁDIZ

*Mi pena es muy larga  
pero yo la adorno con flores y risas  
para poder aguantarla.*

TANGOS YO SOY AGUA. FAMILIA MONTOYA

El flamenco es una manifestación musical dentro de una cultura más amplia de comunidades subalternas, excluidas que habitan en los márgenes sociales. Es por tanto una manifestación artística dentro de unas formas de vida propias de unas gentes concretas. No hablamos únicamente de ritmos y melodías, se trata de unas formas de expresión emocional que transmiten una historia, un sentir, unos valores y una cosmovisión ligados a grupos humanos. El consenso mayoritario sitúa el origen del flamenco en el Bajo Guadalquivir, entre el Puerto de Triana, Jerez, Cádiz y los Puertos, y entre las clases sociales más excluidas, donde la presencia de grupos gitanos era mayoritaria. La expresión flamenca y las letras de los cantes que han perdurado hasta hoy cuentan un sentir situado de estas gentes. Por supuesto, la profesionalización del flamenco y su consumo por cierto público ha sido

fundamental para dar forma a lo que hoy se conoce como flamenco. No obstante, este producto no nace en un laboratorio, sino que el modo flamenco se crea y se recrea, antes y después de ser consumido, en las vidas comunitarias de quienes habitaban estos márgenes sociales.

Por este motivo, muchas de estas letras flamencas están lanzadas en contextos de escasez material y exclusión social. Esta exclusión ha sido en el caso de los gitanos y de aquellos otros grupos que compartían su destino en los márgenes, fruto de una resistencia a adaptarse a los valores de producción y consumo imperantes. Las personas gitanas y flamencas han mantenido un sistema de contravalores que desafía al modelo imperante, donde el éxito social no se mide en la capacidad de acumulación de riquezas y donde el trabajo no dignifica, donde la libertad o el amor priman sobre el dinero. Este desacato, que ha sido castigado históricamente, se deja entrever en estas letras que reivindican otras fuentes de alegría más allá del dinero. Vamos a escuchar:

*Placita chica de Cádiz  
la tierra de más salero  
nunca te falta alegría  
aunque no tengas dinero.*

TANGUILLOS DE CÁDIZ

*Tiro el dinero mil veces  
porque aquel que está queriendo  
hasta el dinero aborrece.*

ANTONIO MAIRENA. SOLERES DE TRIANA

*Mi ley es la ley  
de todos los flamencos  
mis venas son ríos de sangre hirviendo  
y me da lo mismo no tener dinero.*

GITANA SOY. FAMILIA MONTOYA

*Cádiz es una población  
que le gustaba primita al forastero  
aquí no se quiere lo serio  
aquí no camelamos el dinero.*

*Con el caray, caray, caray  
que mira qué de cosas que pasan en Cádiz  
que ni las hambres las vamos a sentir  
que mire usted qué gracia  
que tiene este país.*

BULERÍA CHANO LOBATO

Es cierto que «la gracia» y «la alegría» son atributos del flamenco como producto de consumo por el público. Se da la paradoja de que, aunque el flamenco sea una expresión de melancolía y pérdida en la mayoría de los casos, se consume por el público como un producto de ocio y esparcimiento. La juerga flamenca ha sido y sigue siendo un fenómeno asociado a la fiesta y la diversión. ¿Cuánta de esta alegría irreverente del flamenco es impostada para hacer el producto más atractivo?

*Alegría, venga alegría,  
Viene el gitano con su bulería.*

BULERÍA COLORES MORENO. EL TORTA

En el caso de los gitanos y las gitanas, la dedicación a la música ha sido parte de una estrategia de vida que otorgaba autonomía y permitía huir del chantaje del salario, no requería estar ligado a un territorio concreto y permitía holgadamente el nomadismo. Una profesión que no estaba sometida a ritmos pautados de trabajo, ni tampoco requería subordinarse a las formas de organización y dirección de un empleo por cuenta ajena. Así pues, lo osado de esta estrategia es vender la alegría como oficio para escaparse de la explotación laboral. Esta filosofía vitalista, perseguida y admirada por igual, es lo que subyace a la alegría y la gracia flamenca.

En la expresión flamenca podemos encontrar un ejemplo claro de la alegría como desafío a la adversidad expresada a través del cuerpo, el ritmo, las miradas y las letras.

*Y este es el tango que les damos  
al son de palmas santa María  
y hasta el Greñudo se pone alegre  
cuando cantamos por alegrías  
para que estos gitanos puedan seguir la  
vida  
alegres y cantando  
es preciso que echéis  
el billete del banco  
y las dos botellitas  
de vino blanco.*

TANGOS GITANOS. DAVID MORENO  
Y RAMÓN DE CÁDIZ

Deleuze decía que «todo poder es triste<sup>1</sup>» y necesita la tristeza para dominar, para evitar que los subordinados lleven a cabo toda su potencia. Por el contrario, la alegría es todo lo que consiste en colmar una potencia. El acto de heroísmo que supone buscar vías de alegría ante una adversidad impuesta por el poder es algo potencialmente subversivo y un mal ejemplo que el Poder debe reprimir. Esto aconsejaban los magistrados de la Audiencia de Granada en 1783 al Gobierno respecto a la necesidad de prohibir las exhibiciones artísticas de los gitanos:

[Los gitanos] han inventado la multitud de truhanerías y bufonadas, aires, modales y gracejos, que son notorios. Estos malos resabios han contagiado en estas Andalucías más de lo que debía esperarse del carácter serio y circunspecto de nuestra nación, (...). Los llamados gitanos son los que han inventado muchas cantinelas, que son muy generales en

este país; y aún han llegado a cantarse en los teatros públicos, como la más picante diversión. De esta manera han podido subsistir estas gentes, careciendo de los estímulos saludables que inspira la religión, y el honor, fijando toda su atención en descubrir los medios de vivir a costa de pobres y ricos por medio del engaño y de toda desvergüenza<sup>2</sup>.

Afortunadamente, toda la alegría subversiva que subyace tras la expresión flamenca no pudo ser extinguida, y aún podemos encontrarla, en resistencia, a través del sustrato que hay detrás de las vidas flamencas.

*Bus junelo a purí golí  
E men arate sos guillabella  
Duquelando palal gres berrochí  
Prejenelo a undebé sos bué  
Orchicialli ta andiar diñelo  
Andoba sueti rugís pre alangarí*

*Cuando escucho la vieja voz de mi sangre  
Que canta y llora tras pasados siglos de  
horror  
Siento a Dios que perfuma mi alma  
Y en el mundo voy sembrando rosas, en vez  
de dolor*

OROBROY. DAVID PEÑA DORANTE

<sup>1</sup> <http://buscandoagilles.blogspot.com/2011/11/entrevista-letra-j-joie-alegria.html>

<sup>2</sup> GÓMEZ ALFARO, Antonio (2010), *Escritos sobre gitanos*, Asociación de Enseñantes con Gitanos, pp. 557-558.



ILUSTRACIÓN | María Solana Rubio

MIENTRAS QUE LA FELICIDAD ES UN ABSOLUTISMO INALCANZABLE, LA ALEGRÍA ES UNA CONSTELACIÓN DE MOMENTOS DE PAZ, MARCÁNDOME MIS PROPIOS CAMINOS.

## El calor de la alegría

María Solana Rubio (ella)

Recuerdo que, cuando era adolescente, un buen amigo siempre me preguntaba: «María, ¿eres feliz?». Se convirtió en la rutina de nuestros encuentros y, mientras paseábamos hablando, tenía apenas segundos para hacer la evaluación. Era agobiante intentar determinar una manera de contabilizar mi felicidad, de no olvidar emociones, de tener todo en cuenta. No estar feliz implicaba no estar bien, y era algo que teníamos que evitar a toda costa siendo adolescentes. Y así pasó, nos leímos tristes e infelices, abrazamos esos conceptos y nos construimos en torno a ellos. Por suerte, llegamos a otras conversaciones, algunas sobre el fascismo y los absolutismos. Menos mal que hicimos el enlace. Menos mal que lo compartimos. Menos mal que le vimos las fauces a la fiera.

Como mariposas saliendo de una crisálida, abrazamos la idea de la alegría, temporal y menos intensa que la felicidad, pero deliciosamente alcanzable. La felicidad era una quimera, fuente de frustración y sufrimiento, mientras que la alegría estaba en esas pequeñas llamas cotidianas que te mantenían caliente. Y tiene su lugar en la disidencia: puede coexistir con estar incómoda en este sistema, con no estar conforme, con buscar espacios de cobijo entre tanta violencia.

La alegría es resistencia y revolución, porque, a pesar de todo, a pesar de que estamos agotadas y todo va cada vez peor, seguimos sonriendo. Sonreímos manifestándonos, sonreímos viendo un atardecer, con nuestras amigas envueltas en discursos disidentes, compartiendo brasero con nuestras abuelas, encontrando nueces paseando por el campo o abrazando a la gente que queremos.

Porque ese calor abre puertas y es nuestro. Y, con ese calor, hacemos fuego. ☺

# La alegría de hacer radio feminista con amigas

Sangre Fucsia (ellas/elles)

Cuando en febrero de 2013 comenzamos el podcast feminista Sangre Fucsia no teníamos más objetivo que compartir nuestro momento de efervescencia personal con el mundo. Jamás imaginamos que, más de diez años después, seguiríamos transmitiendo, habríamos creado el juego de mesa Feminismos Reunidos y llegaríamos a tanta gente. Tampoco podríamos haber anticipado todas las alegrías que nuestro proyecto radiofónico nos brindaría.

Las primeras conversaciones surgieron en un momento de explosión de ideas y energías durante la acampada de Sol (Madrid) del movimiento 15M. Allí, un grupo de amigas que habíamos estado haciendo radio por separado nos unimos para volcar nuestras energías en el podcasting, combinando nuestras formas asamblearias y activistas con las de Ágora Sol Radio, la emisora autogestionada que informaba sobre lo que sucedía en la plaza.

Además, aún vivíamos la resaca de otro pequeño gran proyecto plagado de ilusión: la organización del festival feminista autogestionado Ladyfest Madrid. Fue un espacio que, al igual que Sangre Fucsia, representaba comunidad, aprendizaje, disfrute encarnado, redes, generosidad, bailes y amor. Pero ésa es otra historia.

La perdurabilidad de Sangre Fucsia (más de 200 programas emitidos a lo largo de 10 años!) en sí misma es motivo de alegría, especialmente en una época caracterizada por relaciones y proyectos colectivos efímeros y con escasa capacidad de compromiso a largo plazo. A lo largo del camino,

inevitablemente, hemos ido cambiando. 13 mujeres y personas no binarias han formado parte del equipo en distintos momentos vitales y políticos, hasta llegar al actual grupo de seis integrantes. ¡Y las que están por venir!

Nos hemos transformado juntas y nos hemos ido haciendo mayores y, quizá, un poquito más sabias. Pero, sobre todo, nos hemos conocido mejor, afinando una sintonía que se refleja en las dinámicas del programa. Tenemos perfectamente engrasada (a través de un proceso de ensayo y error) la maquinaria con la que mantenemos las tareas de cuidados invisibles en torno a cada programa; la preparación, producción y difusión posterior; la grabación en directo; las colaboraciones con otros proyectos; las fiestas y eventos.

Sin embargo, hay aspectos de nuestra identidad y de nuestras prácticas que se mantienen. En lugar de adoptar un enfoque puramente didáctico, siempre hemos optado por visibilizar y celebrar las realidades feministas disidentes que ya existen a nuestro alrededor. En lugar de señalar las ausencias de mujeres y otros sujetos no hegemónicos en diversos campos, preferimos celebrar sus presencias y logros. Nos gusta resumir este espíritu en la idea de que hacemos un magazine radiofónico como si la revolución feminista ya hubiese triunfado y viviésemos en un mundo fucsia. Y esto, por supuesto, nos llena de alegría resistente.

Otra fuente constante de satisfacción y gozo es aceptar que tenemos más preguntas que respuestas.

La perdurabilidad de Sangre Fucsia (¡más de 200 programas emitidos a lo largo de 10 años!) en sí misma es motivo de alegría, especialmente en una época caracterizada por relaciones y proyectos colectivos efímeros y con escasa capacidad de compromiso a largo plazo.

A diferencia del estilo dominante en los medios de comunicación y las redes sociales, no pretendemos tener la verdad absoluta, sino que preferimos cuestionarnos y explorar las grietas y matices de la realidad, construir verdades parciales que reflejan nuestro estar en el mundo feminista. Esto no significa que no tengamos posicionamientos claros (aunque no siempre sean unánimes) sobre las grandes cuestiones que afectan al feminismo actual, pero preferimos demostrar nuestras ideas por la vía de los hechos, con ejemplos y prácticas, en lugar de basarnos únicamente en teorías abstractas.

En este sentido, cada programa es un proceso de aprendizaje lleno de descubrimientos inesperados. Aprendemos de las investigaciones que realizamos para preparar las piezas (a veces, leyendo libros completos y artículos académicos; otras, sólo consultando Wikipedia o escuchando a nuestras amigas), de las invitadas a las que entrevistamos, de las propuestas y recomendaciones de nuestras oyentes. Pero, sobre todo, aprendemos unas de otras.

Mantener el carácter amateur de Sangre Fucsia también nos llena de alegría. Nos permite escapar

de las garras del capitalismo, que invade todos los aspectos de nuestra vida, sin renunciar a la calidad ni a la mejora. Los viernes por la tarde-noche llegamos al estudio agotadas tras la semana laboral y salimos con energías renovadas tras una hora de disfrute como fin en sí mismo, haciendo radio sin preocuparnos por las estadísticas de audiencia ni sentirnos obligadas a mantener una presencia constante en las redes sociales del programa.

Esto no significa, por supuesto, que no nos importe nuestra audiencia. Al contrario: nos proporciona una enorme satisfacción saber que nuestras dudas y pasiones resuenan en toda una comunidad, que muchas personas se interesan por las piezas que con tanto cariño elaboramos y que no estamos solas en nuestra pedrada. Por eso, el rotundo éxito del juego Feminismos Reunidos (cuya campaña de crowdfunding lanzamos en 2016) nos dio tanta alegría (además de dejarnos anonadadas). Una vez más, ¡gracias!

Como bien sabemos las feministas, con amigas todo es mejor. A lo largo de estos años hemos ido tejiendo alianzas con otros proyectos que nos colman de amor. Sería imposible mencionarlos a todos pero no podemos olvidar Ágora Sol Radio, la emisora libre y autogestionada de la que formamos parte, el centro social transfeminista Eskalera Karakola, desde donde emitimos, y los medios en los que se redifunden nuestros episodios, como Pikara Magazine, El Salto Radio y otras muchas radios libres. Esto también significa alimentar las redes que nos alegran y sostienen nuestras vidas.

Para acabar, os animamos a que, además de escuchar Sangre Fucsia y tantos otros podcasts feministas, os pongáis a crear radio para experimentar también estas alegrías. ¡Todas las voces tienen cabida! 🎧

las alegrías

Ventana a

# Les Pelleyes proponen...

**Pelleyes (ellas/elles/ellos)** Grupo de activismo del colectivo Cambalache de Oviedo (Asturias)

\* Lectura estimada: de 1 minuto a toda la vida.

Les *Pelleyes* les queremos compartir el inicio del proceso colectivo y artístico de la investigación que empezamos en abril alrededor de la alegría. Desde la formación del grupo, nuestro método de trabajo surgió de manera orgánica; partimos de una selección de textos y obras relacionadas con el tema, reflexionamos de forma colectiva mientras creamos objetos/obras que, a su vez, nos provocan nuevas reflexiones. Juntas exploramos, volvemos sobre la obra creada y seguimos la reflexión. Utilizamos siempre material recuperado y nos entregamos más a las ganas que a las prisas. No vamos detrás de los resultados. Nos interesan los infinitivos: incomodar, provocar, conmover, dudar, inquietar, alegrar... Intentamos hacer un registro a modo de bitácora.

Las imágenes que ven son parte de las obras que hemos ido creando y ahora las compartimos como propuesta lúdica, para jugar ustedes mismas y, si luego se animan, con nosotras. Van acompañadas

En asturiano *pelleya* es pellejo, piel. Somos un grupo de activismo mixto e intergeneracional. Nos reconocemos feministas, antirracistas y anticapitalistas. Nuestro proceso incluye la reflexión teórica y la creación de objetos/obras artísticas. En este proceso estamos participando seis adultas y cinco niñas y niños. Las fotografías son un breve resumen de los siete encuentros realizados hasta ahora. Además de en Cambalache, nos puedes encontrar en [pelleyesactivismo@gmail.com](mailto:pelleyesactivismo@gmail.com)

de algunas preguntas. Con ellas les invitamos a explorar, reflexionar y crear lo que se les ocurra en torno al concepto de *alegría* y a hacer su propia bitácora personal. Y, además, si les resuena, pueden enviarnos alguna imagen, audio, vídeo o lo que se les ocurra y, de ese modo, continuar entre todas el proceso de exploración.

¿Es constante la alegría?

¿La alegría puede ser una forma de protesta?

¿Es cíclica?

¿Con cuál de los cinco sentidos la recuerdas?

¿Se gasta la alegría si la compartimos?

¿Qué ves en el espejo cuando estás alegre?

¿A qué velocidad?

¿En qué parte del cuerpo siento alegría?

¿Cómo habitar la alegría sin que sea un mandato?

¿Hay contradicciones en la alegría? ¿Alegría recordada, vivida o anhelada?

¿Me doy cuenta de que estoy alegre cuando estoy alegre? ¿Y compartirlas?

¿Siempre es individual o es colectiva? ¿Qué dibujarías en un espejo empañado mientras sientes alegría?

¿Cómo se puede generar una alegría colectiva cuando los demás tienen situaciones emocionales diferentes?

¿Se pueden conservar las alegrías? ¿Con qué situaciones se conectan? ¿Cuántas capas tiene?

¿Cómo se mueve y me mueve la alegría? ¿Son elegidas las alegrías?

¿Podemos sentir alegría cuando los demás están tristes? ¿Alegría pudorosa?

¿Cómo suena la alegría? ¿A quién te llevarías a comer y con quién irías a un arcoíris?